

Michelet, Jules

El pueblo

Lectura 8 !!

21

Tercera parte:

La patria

XVIII. LA AMISTAD

ES UNA GRAN GLORIA PARA NUESTRAS ANTIGUAS COMUNAS de Francia el haber encontrado antes que nadie el verdadero nombre de la patria. Con una sencillez plena de sentido y de profundidad la llamaban la *amistad*.¹

En efecto, la patria es la gran amistad que contiene a todas las otras. Yo quiero a Francia porque es Francia y también porque es el país de quienes amo y he amado. --

La patria, la gran amistad, donde están todas nuestras querencias, nos es revelada en primer lugar por ellas; luego, ella misma las extiende, las amplía y las ennoblece. El amigo se convierte en todo un pueblo. Nuestras amistades individuales son como los primeros peldaños de esa gran iniciación, como estaciones por las que pasa el alma que asciende poco a poco para reconocerse y amarse en esta alma mejor, más desinteresada, que llamamos la patria.

Digo *desinteresada*, porque allí donde ella es fuerte hace que nos amemos, pese a los intereses opuestos, a las diferencias de

¹ Por entonces la patria eran las comunas. Se hablaba de la *amistad* de Lille, la *amistad* de Aire, etc. Véase Michelet, *Histoire de France*, v, 12, 1.

condición y a la desigualdad. No importa que seamos pobres o ricos, grandes o pequeños: a todos nos transporta por encima de las miserias de nuestra envidia. Ella es ciertamente *la gran* amistad, porque nos vuelve heroicos. Quienes están ligados a ella, están sólidamente ligados; su apego durará lo que la patria. ¿Qué digo yo? En ninguna parte ella es tan indestructible como en sus almas inmortales. Aunque dejara de existir en el mundo y la historia, o se abismara en el seno del planeta, ella sobreviviría como amistad.

A decir de los filósofos, parecería que el hombre es un ser tan insociable que sólo a duras penas y gracias a los esfuerzos del arte y la meditación, se podría inventar una máquina ingeniosa capaz de acercar el hombre al hombre. En cambio, yo, por poco que observe, lo veo sociable desde que nace. Antes de abrir los ojos el hombre ama a la sociedad; en cuanto lo dejan solo, se pone a llorar... ¿Cómo podríamos sorprendernos? El día que se dice es el primero, él abandona una sociedad ya muy antigua ¡y muy dulce! Empezó en ella; a los nueve meses de vida tiene que divorciarse, entrar en la soledad y buscar a tientas, a ver si puede hallar al menos una sombra de la unión querida que tenía y que perdió.

Ama a su nodriza y a su madre, y las distingue poco de su propia persona... Pero ¿cuál no será su alegría cuando vea por primera vez al otro, a un niño de su edad que es él, y que no es él! Apenas volverá a vivir algo similar en los placeres más vivos del amor. La familia, la nodriza, e incluso, durante un tiempo, la propia madre, todo cede ante el camarada; éste hace que se olvide de todo.

Es aquí donde hay que ver hasta qué punto la desigualdad, esa piedra en el camino para los políticos, preocupa poco a la naturaleza. Por el contrario, en todas las relaciones que tocan al corazón, ella se divierte burlándose de las diferencias y las desigual-

dades que parecerían crear obstáculos insuperables para la unión. Por ejemplo, la mujer quiere al hombre precisamente porque es más fuerte. A menudo el niño quiere a su amigo porque es superior a él. La desigualdad les complace porque les brinda una ocasión para entregarse, porque la ven como una emulación, como una esperanza de igualdad. El voto más entrañable del amor es el hacerse un igual; su mayor temor es permanecer superior, conservar una ventaja que no posea el otro.

El carácter singular de las bellas amistades de la niñez se debe en gran medida a la desigualdad que poseen. Tiene que haber desigualdad para que haya aspiración, intercambio y solidaridad. Mirad a los niños: lo que hace que sus amistades sean encantadoras es, en la analogía de carácter y costumbres, la desigualdad en el espíritu y la cultura; el débil sigue al fuerte sin servilismo y sin envidia; lo escucha arrebatado y, feliz, obedece al atractivo de la iniciación.

Dígame lo que se diga de la amistad, es, mucho más que el amor, un medio para progresar. Sin duda, al igual que ella, el amor es una iniciación; pero el amor no puede crear una emulación entre aquellos a quienes une. Los amantes difieren entre sí por el sexo y la naturaleza; el menos avanzado de los dos no puede cambiar tanto como para parecerse al otro; el esfuerzo de asimilación mutua se detiene rápidamente.

El espíritu de rivalidad que se despierta muy tempranamente en las niñas, aparece más tarde en los niños. En ellos el despertar de estas tristes pasiones surge en la escuela, el colegio y las labores del maestro. En este aspecto el hombre nace generoso y heroico. La envidia se le enseña, no la conoce de manera espontánea.

¡Ah, cuánta razón tiene y cuánto gana con ello! El amor no calcula, no sabe medir. No se detiene en calcular una igualdad matemática y rigurosa que jamás se alcanza. Prefiere con mucho ir más allá. Por lo común, en contra de la desigualdad de la na-

turalidad, crea otra desigualdad en sentido inverso. Entre el hombre y la mujer, por ejemplo, hace que el más fuerte desee servir al más débil. En el progreso de la familia, cuando nace el primer hijo, el privilegio desciende al recién llegado. La desigualdad de la naturaleza favorecía al fuerte, que es el padre; la desigualdad que se basa en el amor favorece al débil, al más débil, y lo valora como el primer lugar.

Esta es la belleza de la familia natural. Y la belleza de la familia artificial consiste en favorecer al hijo elegido, que es hijo de la voluntad, y se le quiere más que a los de la naturaleza. El ideal que debe perseguir la ciudad es la adopción de los débiles por los fuertes, la desigualdad en provecho de los más pequeños.

Aristóteles dice muy bien, en contra de Platón: "La ciudad no está hecha de hombres semejantes sino de hombres diferentes". A lo que yo agrego: "Diferentes pero armonizados por el amor, y se parecen cada vez más entre sí". La democracia es el amor en la ciudad, y la iniciación.

La iniciación del tutelaje, romano o feudal, era algo artificial -- nacido de las circunstancias.² Debemos volver a las relaciones invariables y naturales del hombre.

¿Cuáles son esas relaciones?... No necesitáis buscarlas muy lejos. Basta con que miréis al hombre antes de que sea sojuzgado por la pasión, quebrantado por la rígida educación y agriado por

² No se retornará, y no debe retornarse, al tutelaje antiguo ni feudal. Por lo demás, el carácter y la originalidad perdían inmensamente en esas relaciones de dependencia estrecha en que el hombre tenía siempre los ojos puestos en el hombre, convirtiéndose en su sombra y su triste remedo. Ved la larga mesa común en la que el barón ocupaba el lugar de honor cerca del fuego, y que desde el capellán, el senescal y otros vasallos, se extendía hasta la puerta, donde comía de pie el pequeño ayudante de cocina: esa mesa era una escuela donde la imitación iba bajando; cada cual estudiaba y copiaba al vecino de rango superior. No siempre los sentimientos eran serviles, pero sí los espíritus. Este servilismo en la imitación es, sin duda, una de las causas del estancamiento de la Edad Media, que la esterilizaron por mucho tiempo.

las rivalidades. Tomadlo antes del amor y de la envidia. ¿Qué hablaréis en él? La cosa que, entre todas, le es más natural, la primera (¡ah, ojalá que también fuera la última!): la amistad.

Pronto seré viejo. Además de mi edad, tengo dos mil o tres mil años que la historia ha amontonado sobre mí, y una multitud de acontecimientos, pasiones y recuerdos diversos en los que están mezcladas mi vida y la del mundo. ¡Pues bien, por encima de estas innumerables cosas grandes y punzantes, hay una que domina y triunfa, siempre joven, fresca y floreciente: mi primera amistad!

Era, me acuerdo de ello (mucho mejor que de mis pensamientos de ayer), un deseo inmenso e insaciable de comunicación, de confidencias y revelaciones mutuas. Ni la palabra ni el papel nos daban abasto. Tras interminables paseos, nos acompañábamos y nos volvíamos a acompañar a nuestras casas. ¿Qué alegría tener tanto que contarnos cuando retornaba la luz del día! En mi fuerza y mi libertad, partía temprano hacia su casa, impaciente por hablar, por retomar la conversación y por confiar tantas cosas. ¿Qué secretos?, ¿qué misterios? ¿Qué sé yo! Tal vez este o aquel hecho histórico, o un verso de Virgilio que acabara de conocer...

¡Cuántas veces confundía la hora! A las cuatro, a las cinco de la mañana, me iba, llegaba a su casa, tocaba, hacía que me abrieran la puerta y despertaba a mi amigo. ¿Cómo describir con palabras las luces vivas y tenues bajo las cuales brillaban y revoloteaban todas las cosas durante esas mañanas? Mi existencia tenía alas; todavía tengo la impresión de que así era: la fusión de la mañana y la primavera; yo sentía y vivía dentro de la aurora.

Esta es una edad digna de echarla de menos, un verdadero paraíso terrenal, que no conoce el odio ni el desprecio ni la baja, y en el que la desigualdad no existe en absoluto y la sociedad es aún muy humana, ciertamente divina... Todo esto pasa rápidamente. Llegan los intereses, las competencias y las rivali-

dades... Y, sin embargo, algo quedaría de esa edad si la educación trabajara en reunir a los hombres tanto como se empeña en dividirlos.

Si tan sólo ambos niños, el pobre y el rico, se sentaran en las bancas de la misma escuela; si, ligados por la amistad, aunque divididos en su carrera, se vieran frecuentemente, harían más entre ellos que todas las políticas y todas las morales del mundo. Con su amistad desinteresada e inocente, conservarían el nudo sagrado de la ciudad... El rico entraría en contacto con la vida y la desigualdad y sufriría a causa de ello; todos sus esfuerzos tenderían a compartir las cosas. El pobre cultivaría un gran corazón y lo consolaría por ser rico.

¿Cómo se puede vivir sin conocer la vida? El precio para conocerla sólo es uno: sufrir, trabajar y ser pobre; o bien, hacerse pobre por simpatía y corazón, asociándose voluntariamente al trabajo y al sufrimiento.

¿Qué queréis que, con toda la ciencia del mundo, sepa un rico? Por el solo hecho de que su vida es fácil, ignora cuál es la más fuerte y profunda realidad. Sin ahondar ni apoyarse en ella corre y se desliza como sobre hielo; no entra a ninguna parte, se queda siempre afuera; mañana llegará al término de esta breve existencia vana y superficial, y se irá con la misma ignorancia con que vino al mundo.

Lo que le falta es un punto de apoyo resistente en el que su alma pueda apoyarse y profundizar en la vida y el conocimiento. Muy por el contrario, el pobre está clavado en un punto oscuro, sin ver ni el cielo ni la tierra. Lo que le falta es poder erguirse, respirar y mirar el cielo. La fatalidad lo mantiene fijo en ese lugar, cuando lo que necesita es poder estirarse y compartir su existencia, su sufrimiento, vivir fuera del punto donde sufre y, ya que tiene un alma infinita, expandirla infinitamente... Carente de los medios para ello, las leyes no lo ayudarán mucho; aquí se requie-

re la amistad. El hombre libre, cultivado y reflexivo, debe volver a colocar esa alma cautiva en su relación con el mundo; ¿debe cambiarla? No, pero sí tiene que ayudarla a ser ella misma, apartando el obstáculo que le impide desplegar sus alas.

Todo esto sería fácil de lograr si cada cual entendiera que sólo encontrará su propia emancipación en el otro. El hombre de ciencia y de cultura, hoy esclavo de las abstracciones y de las fórmulas, no recobrará su libertad sino entrando en contacto con el hombre de instinto. Su juventud y su vida, que él cree renovar con viajes lejanos, están aquí, cerca de él, en lo que es la juventud social, es decir, en el pueblo. Por su parte el pueblo, para el que la ignorancia y el aislamiento son como una cárcel, ampliará su horizonte y volverá a encontrar el aire libre si acepta la comunicación con la ciencia y si, en lugar de denigrarla por envidia, ve en ella la suma de los trabajos del hombre y el esfuerzo de la humanidad en su conjunto.

Confieso que esta asistencia y este cultivo mutuo, fuerte y serio que encontrarán uno en el otro, suponen en ambos, en el rico y en el pobre, una verdadera magnanimidad; yo les hago un llamado al heroísmo. ¿Acaso existe un llamado más digno para el hombre?... También es el más natural, tan pronto como él vuelve en sí y, con la gracia de Dios, se levanta.

El heroísmo del pobre consiste en saber inmolar la envidia y mantenerse lo bastante por encima de su pobreza para no querer informarse siquiera de si la riqueza ha sido bien o mal habida. El heroísmo del rico consiste, conociendo el derecho del pobre, en amarlo e ir hacia él.

“¿Heroísmo?... ¿Acaso no se trata del más sencillo deber?” Sin duda, pero justamente porque existe un deber se encoge el corazón. Triste flaqueza de nuestra naturaleza: sólo queremos a aquel al que no debemos nada, al ser abandonado y desvalido que no alega ningún derecho contra nosotros.

El corazón tiene que abrirse de ambos lados. Se ha buscado la democracia a través del derecho y el deber, a través de la ley, y sólo se ha obtenido una ley muerta... ¡Ah, retomémosla a través de la gracia!

Decís: “¡Qué nos importa! Haremos leyes tan sabias, tan artificioosamente erigidas y combinadas que no tendremos necesidad de amarnos...”. Mas para desear tener leyes sabias y para seguirlas es necesario primero amar.

“¿Cómo amar? ¿Acaso no veis las infranqueables barreras que el interés levanta entre nosotros? ¿Podemos ser tan ingenuos para ayudar a nuestros rivales en medio de la competencia abrumadora en la que nos debatimos, para dar la mano a quienes pueden ser los rivales de mañana?”

¡Triste confesión! ¡Cómo! ¡Por algo de dinero, por un puesto miserable, que perderéis pronto, entregáis el tesoro del hombre, todo lo que él tiene de bueno y de grande: la amistad, la patria, la verdadera vida del corazón!

¡Ay, desdichados! ¿Habéis olvidado ya, estando tan cerca y tan lejos la Revolución, que los primeros hombres en el mundo, los jóvenes generales, jamás sintieron celos en su terrible impulso, en su violenta carrera a la muerte inmortal, que todos ellos disputaban como rivales encarnecidos por la hermosa amante que quemaba los corazones con un amor aspérrimo: la victoria? Ésta seguirá siendo para siempre la letra gloriosa con la que el vencedor de Vendée cubrió con su virtud, con su popularidad, al hombre que ya estaba inspirando miedo,³ dando fianza en su favor: al vence-

³ Se sabe que Bonaparte despertó sospechas al actuar como dueño y árbitro de Italia, acordando o rechazando, sin consultar a nadie, armisticios que decidían la paz o la guerra, enviando fondos directamente al ejército del Rin, sin pasar por la intermediación de la Tesorería, etc. Se hizo correr el rumor de que lo iban a detener cuando estuviera en medio de su ejército. Para justificarlo, Hoche escribió al ministro de la policía una carta que se hizo pública. En ella Hoche devuelve a los realistas los rumores calumniosos que se hacían correr: ¿Por qué Bonaparte es ob-

dor de Arcola... ¡Ah! Ésta fue una época grandiosa, de grandes hombres y verdaderos vencedores ante quienes todo cedía. ¡Habíais vencido la envidia tan fácilmente como habíais vencido al mundo! Almas nobles, ¡dondequiera que estéis, dadnos un soplo de vuestro espíritu para salvarnos!

jeto de los ataques de esos señores? ¿Será porque él los venció en vendimiario? ¿O porque disuelve los ejércitos de los reyes y proporciona a la República los medios para terminar esta guerra de manera gloriosa?... ¡Ah, joven valiente! ¿Qué militar republicano no está ansioso de imitarte? ¡Ten valor, Bonaparte, lleva nuestros ejércitos gloriosos a Nápoles y a Viena! ¡Contesta a tus enemigos personales humillando a los reyes y dando un renovado lustre a nuestras armas! ¡Y deja tu gloria en nuestras manos!

XIX. DEL AMOR Y EL MATRIMONIO

HABRÍA QUE SENTIR MUY POCO LA GRAVEDAD DE ESTE TEMA para proponerse tratarlo en unas cuantas páginas. Me limitaré a hacer una observación que me parece esencial dado el estado de nuestras costumbres.

Indiferentes como somos hacia la patria y el mundo, no siendo ni ciudadanos ni filántropos, prácticamente sólo nos queda una vía para intentar escapar al egoísmo: los lazos familiares. La gente suele tener el mérito de ser un buen padre de familia, y a menudo lo hace con gran provecho.

Y bien, hay que decirlo: en las clases superiores la familia está muy enferma. De seguir así las cosas, ésta se volverá imposible.

No sin razón se ha acusado a los hombres. Yo mismo me he referido en otra parte a su materialismo y su sequedad, así como a la insigne torpeza con la que pierden el ascendiente de su primera edad. Hay que confesar, sin embargo, que la culpa la tienen sobre todo las mujeres, es decir, las madres. La educación que les dan a sus hijas, o que permiten que se les imparta, ha convertido al matrimonio en una carga intolerable.

Lo que vemos ahora nos recuerda mucho los últimos siglos del Imperio romano. Una vez que las mujeres se hubieron trans-

formado en herederas, sabiendo que eran ricas, y protegiendo a sus maridos, hicieron a tal punto miserable la condición de éstos que ninguna ventaja pecuniaria, ninguna prescripción legislativa logró que los hombres se decidieran a sufrir esta servidumbre. Antes bien preferían huir al desierto. Se pobló la Tebaida.

Asustado por la despoblación, el legislador se vio obligado a favorecer y regular los lazos inferiores, que eran los únicos que el hombre aceptaba. Quizá pasaría lo mismo hoy si nuestra sociedad, más industrial que la del Imperio romano, no especulara con el matrimonio. El hombre moderno acepta por codicia, por necesidad, las oportunidades que rechazaban los romanos. La especulación es poco segura. La joven sabe que aporta mucho, pero no ha entendido en absoluto el valor del dinero y lo gasta aún más. Si considerara los recientes acontecimientos y la inestabilidad de las fortunas, estaría tentado a decir: “¿Queréis arruinaros? Casaos con una mujer rica”.

Conozco todos los inconvenientes que tiene el casarse con una mujer de condición y educación inferiores. Uno de estos inconvenientes es que uno se aísla, se sale de su medio y rompe sus relaciones. Otro es que uno se casa no sólo con la mujer sino con su familia, cuyas costumbres a menudo son groseras. Se abriga la firme esperanza de educar a esa mujer, de hacerla suya y para sí; pero suele ocurrir que, pese a un instinto favorable y alguna docilidad, ella no es educable. Rara vez son exitosas estas educaciones tardías que se intenta dar a las razas fuertes del pueblo, menos maleables y más duras.

Reconocidos estos inconvenientes, no estoy menos obligado a volver sobre otro, mucho más grave aún, propio de los matrimonios brillantes de hoy. Consiste sencillamente en el hecho de que la vida, en ellos, es *imposible*.

Esa vida consiste en empezar todas las noches, después de la jornada de trabajo, otra jornada, aún más agotadora, de diver-

siones y placeres. No existe nada parecido en otros países de Europa; tampoco en el pueblo; el francés de las clases ricas es el único hombre en el mundo que no descansa nunca. Tal vez ésta sea la principal razón por la que esta clase, nacida ayer de nuestros enriquecidos y nuestros burgueses, está desgastada.

En esta era del trabajo, en que el tiempo tiene un precio incalculable, los hombres serios y productivos que quieren obtener resultados no pueden aceptar, como condición del matrimonio, un gasto de vida tan enorme. La noche mata de antemano al día siguiente cuando se la emplea en pasear a una mujer.

En la noche el hombre necesita hogar y descanso. Regresa del trabajo lleno de preocupaciones; debería poder recogerse sobre sí y confiar sus ideas, sus proyectos, sus ansiedades y los combates del día; debería tener dónde desahogar su corazón. Encuentra a una mujer que no ha hecho nada, y que, lista, engalanada e impaciente, está ansiosa por emplear sus fuerzas... ¿Cómo podría uno hablar con ella? “Está bien, señor, pero se nos está haciendo tarde y vamos a llegar con retraso... Mañana me contaréis.”

El marido la tiene que acompañar si no quiere confiarla a una amiga de más edad, muy a menudo algo pervertida, maligna, maliciosa, y cuyo mayor placer consistirá en agriar el espíritu de la joven mujer contra *su tirano*, así como comprometerla y lanzarla a las más tristes locuras.

No, no la puede dejar bajo esta guía sospechosa. Él mismo la llevará, y parte... ¡Con qué envidia ve regresar a su casa al trabajador que llega tarde! Éste, es cierto, se agotó durante el día, pero va a encontrar el descanso, el hogar, una familia, el sueño; en fin, esa dicha legítima que le proporciona Dios todas las noches. Su mujer lo espera contando los minutos; la mesa ya está puesta; la madre y el hijo aguardan su llegada. Por poco que este hombre valga, ella deposita en él su vanidad, lo admira y lo reverencia... ¡Y cuántos cuidados le brinda! Veo cómo, sin que él se dé cuenta,

su compañera guarda para sí la parte más pequeña de la escasa comida, reservando para el hombre, que tiene que desempeñar un trabajo más duro, el alimento nutritivo que habrá de permitirle reponer sus fuerzas.

Él se acuesta, ella acuesta a los niños y vela. Trabaja hasta muy entrada la noche. Muy de mañana, mucho antes de que él abra los ojos, ella está de pie; todo está listo: la comida caliente que él toma antes de salir y la que se lleva. El hombre se va con el corazón satisfecho, muy tranquilo con lo que deja, habiendo abrazado a su esposa y a sus hijos que todavía están dormidos.

Ya lo dije y lo repito: allí está la felicidad. Ella siente que recibe de él su sustento, y esto la hace feliz; él trabaja tanto mejor sabiendo que trabaja para ella. Éste es el verdadero matrimonio. Algunos dirán: ¡es una felicidad monótona! No, el niño introduce en ella el progreso... Si a esto se agregara la chispa; si, con un poco más de seguridad y de ocio, el trabajador conociera momentos de vida más elevada; y si con ellos asociara a su mujer y la alimentara con su espíritu... ¡Sería demasiado! No se pediría nada al cielo, a no ser la eternidad aquí abajo.

Esta felicidad la habríais podido conocer si no hubierais sido víctima lamentable de la codicia; vosotros la habéis sacrificado. Habéis dejado a la humilde joven a la que amabais y que os amaba ¡lamentadlo ahora! ¿Habéis actuado cuerdate (no estoy hablando ni de honor ni de humanidad) cuando quebrantasteis a la desdichada criatura y quebrasteis vuestro corazón para casaros con la esclavitud? El dinero que habéis buscado huirá por sí solo y no permanecerá en vuestras manos. Concebidos con un espíritu calculador, los hijos de esta unión sin amor llevarán en el rostro pálido su triste origen; su existencia inarmónica dará testimonio del divorcio interno que entraña ese matrimonio; les faltará corazón para vivir.

¿Había tanta diferencia entre esta joven y esa otra? Después

de todo, ambas pertenecen al pueblo. El padre de la más rica es un trabajador enriquecido. No hay un abismo entre el verdadero pueblo, sin mezcla, y el pueblo burgués y las clases bastardas.

Cuando la burguesía quiera reponerse de su agotamiento precoz, tendrá menos reparos en unirse con las familias que son hoy lo que ella fue ayer. En ellas radican la fuerza, la belleza y el porvenir. Nuestros jóvenes llegan tarde al matrimonio, muy cansados, y, por lo general, se casan con una joven decaída; sus hijos mueren o languidecen. A la segunda o tercera generación, la burguesía será tan enclenque como lo eran nuestros nobles antes de la Revolución.¹

Y no sólo falla lo físico: también la moral deja de funcionar. ¿Qué se puede esperar de las labores regulares, de los asuntos serios o de gran invención, de un hombre que habiéndose vendido en un matrimonio por dinero, es siervo de una mujer, de una familia, y está obligado a dispersarse y a arrojar a los cuatro vientos su tiempo y su vida? Imaginaos lo que podrá ser de una nación cuyas clases dirigentes se consumen en las vanas palabras y en la agitación en el vacío... El espíritu necesita recogerse, y el corazón descansar, para que la vida sea fecunda.

Es un hecho digno de notar que hoy las mujeres del pueblo (que, a diferencia de los hombres, no son rudas en absoluto, y sienten la necesidad de la delicadeza y la distinción) escuchan a sus superiores varones con una confianza que en absoluto tenían antaño... Consideraban a la nobleza un obstáculo insuperable para el amor; pero no conciben la riqueza como una separación de las clases;² ¡esta cuenta tan poco cuando se ama! Es una conmo-

¹ Así como les dice muy justamente De Maistre en su obra *Considérations sur la Révolution*.

² Pierre Leroux hace esta observación, y al hacerlo se muestra tan juicioso como ingenioso y profundo resulta en otras cosas. ¡Cuánto más habría que añadir! ¿Qué triste es este lado de nuestras costumbres! Me aflijo sobre todo al ver cómo la familia —¡la madre!— induce al joven a la traición; sin embargo, ¿no es de esa

vedora muestra de la confianza del pueblo, que, en su parte mejor, más amable y más bondadosa, se acerca de esta manera a los rangos superiores, aportándoles la savia, la hermosura y la gracia moral... ¡Ay de aquellos que la traicionan! Aunque estén cerrados a los remordimientos, por lo menos sentirán pesar cuando piensen que han perdido lo que vale todos los tesoros del mundo, el cielo y la tierra: ¡ser amado!

madre de quien la joven engañada debería esperar alguna protección? ¿Acaso una mujer piadosa no debería tener entrañas, un corazón infinito, para esa desdichada niña que, después de todo (poco importa, ante Dios, que murmure el orgullo del mundo), se ha convertido en su hija? ¿Qué cuidados esperarán de nosotros las mujeres si no se protegen entre sí? El misterio que tienen en común debería mantenerlas unidas mucho más de lo que pueden estarlo los hombres: el misterio del alumbramiento, de la maternidad, que es el de la vida y la muerte y que hace que alcancen los límites extremos del sufrimiento y del goce. La participación en este misterio terrible, desconocido por el hombre, las hace a todas iguales, y a todas hermanas; sólo hay desigualdad entre los hombres. A la madre o a la hermana corresponde reclamar, ante el hijo o el hermano, por la hija engañada, y si el matrimonio es imposible, ha de brindarle su protección. Si llegaran a faltar, la misma mujer con la que él se va a casar, la joven mujer virtuosa, debe expiar las culpas, cubrirlo todo con su bondad y abrir los brazos y el corazón a los hijos del primer amor. Ella debe recordar el cariño que tenía Valentina de Milán por Dunois, y este abrazo patético: "¡Ah, te arrebataron de mi lado!..." (Véase, en mi *Histoire de France*, la muerte de Louis de Orléans.)

XX. DE LA ASOCIACIÓN

HE DEDICADO MUCHO TIEMPO AL ESTUDIO DE LAS ANTIGUAS asociaciones de Francia. En mi opinión, la más bella de todas es la asociación de las redes para la pesca en las costas de Harfleur y de Barfleur. Cada una de esas grandes redes (de 120 brazas, o 600 pies) se divide en varias partes que heredan tanto las hijas como los hijos. Las hijas heredan este derecho pero, aunque no vayan a pescar, participan tejiendo conjuntos de redes que confían a los pescadores. La hermosa y sabia normanda teje así su dote; este conjunto de redes constituye el feudo que ella administra con la prudencia de la esposa de Guillermo el Conquistador. Al ser doblemente propietaria de su derecho y de su trabajo, necesita conocer los detalles de la expedición pesquera; evalúa las posibilidades de éxito, se interesa en escoger la tripulación y participa de las inquietudes de esta vida azarosa. Suele arriesgar algo más que su red en la lancha. Ocurre con frecuencia que aquel a quien ella había escogido como pescador, poco antes de partir, la escoja a su vez como mujer a su regreso.

¡Verdadero país de sapiencia! Me parece que esta Normandía que en tantas cosas sirvió de modelo a Francia y a Inglaterra, en-

contró con ésta un tipo de asociación más digno que cualquier otro para ser recomendado en el porvenir.

Ésta es muy diferente de las asociaciones queseras del Jura,¹ en las que no se comparten sino las aportaciones de material y las ganancias. Cada uno aporta su leche para el queso que se elabora en común, y una vez efectuada la venta, toma la parte proporcional que le corresponde. Esta economía colectiva no exige ningún acercamiento moral, deja la puerta abierta al egoísmo y puede conciliarse con la sequedad del individualismo. No me parece que merezca el hermoso nombre de asociación.

En cambio, la de los pescadores de Normandía lo merece con creces, pues se trata de una asociación moral, social y económica. ¿Y en el fondo en qué consiste? En que una joven seria y honesta dirige a los jóvenes, y pone en su lancha, antes de colocar ahí su corazón, su fortuna, adquirida con su trabajo, sus desvelos y sus pequeños ahorros; ella tiene derecho a conocer, escoger y amar al pescador hábil y afortunado. He aquí una asociación verdaderamente digna de este nombre; lejos de poner distancias en-

¹ Fourier las cita frecuentemente. Yo soy el hombre de la historia y la tradición; por lo tanto, no tengo nada que decir a quien se vanagloria de proceder por la vía del *apartamiento absoluto*. Este libro, *El pueblo*, que se funda particularmente en la idea de la patria, es decir, de la dedicación y del sacrificio, no tiene nada que ver con la doctrina de la atracción *pasional*. No obstante, aprovecho esta oportunidad para expresar mi admiración por tantas opiniones ingeniosas y profundas, a veces muy aplicables; quiero señalar mi más grande admiración por un genio desconocido, por una vida dedicada enteramente a la felicidad del género humano. Algún día hablaré de él, según me lo dicte el corazón. ¡Qué contraste tan singular entre semejante ostentación de materialismo y una vida espiritual, desinteresada y de abstinencia! Este contraste se ha vuelto a producir hace poco para gloria de sus discípulos. Mientras que los amigos de la virtud y de la religión, así como sus defensores obligados, los conservadores nacidos de la moral pública, se enlistan en silencio en la banda de los que sólo apuestan a la segura, los discípulos de Fourier, que no hablan sino de intereses, de dinero y de regocijos, hicieron el interés a un lado para asestar un golpe valiente al Baal de la Bolsa... ¡qué digo al Baal; más bien al Moloch, al ídolo que devoraba hombres!

tre ella y la asociación natural de la familia, prepara los lazos de esta última y, de esta manera, resulta provechosa para la gran asociación, la de la patria.

Al llegar a este punto, el corazón se me escapa y mi pluma se detiene... Tengo que confesar que, en adelante, la patria y la familia se beneficiarán poco con ello. En breve, las asociaciones de la red sólo existirán para la historia; en varios lugares de la costa ya las han remplazado por lo que viene a remplazarlo todo: por la banca y la usura.

¿Acaso no volveré a encontraros más que en la tapicería de Bayeux?... ¡Gran raza de marinos normandos que descubrió América antes que nadie, que fundó las factorías de África y conquistó las dos Sicilias e Inglaterra!... ¿A quién no se le rompería el corazón cuando pasa de los acantilados a las dunas, de nuestras costas tan languidecientes a las de enfrente, que tienen tanta vida, y de la inercia de Cherburgo² a la actividad candente y terrible de Portsmouth?... ¿Qué me importa que El Havre se llene de buques americanos para realizar un comercio de tránsito, que se hace a través de Francia, sin Francia, y a veces en contra de ella?

¡Qué maldición más gravosa! ¡Qué castigo tan severo para nuestra insociabilidad! Nuestros economistas afirman que no se puede hacer nada en pro de la libre asociación. En los concursos, nuestras academias borran este nombre, que es el de un delito previsto por nuestras leyes penales... Una sola asociación sigue siendo autorizada: la creciente intimidación entre Saint-Cloud y Windsor.

El comercio ha sido la base de algunas sociedades, pero de sociedades de guerra, que se forman para absorber al pequeño comercio y destruir a los pequeños mercaderes. El comercio ha he-

² Inercia marítima, pero allí, como en todas partes, abundan los albañiles. Un ingeniero pone una actividad loable en la terminación del dique.

cho grandes daños, y ha ganado poco. Las grandes casas de sociedades en comandita que se crearan con este propósito, han tenido poco éxito. No crecen; en cuanto se crea una nueva, las otras lo resienten y languidecen. Varias de ellas han caído ya, y las que subsisten no tienden a expandirse.

En el campo, veo a nuestras antiquísimas comunidades agrícolas de Morvan, Berry y Picardía disolverse poco a poco y demandar su separación ante los tribunales. Ellas habían durado siglos; varias habían prosperado. Y, sin embargo, esos grupos de labradores casados, que juntos reunían una veintena de familias, todas emparentadas entre sí, bajo un mismo techo y bajo la dirección de un jefe que ellas elegían, tenían sin duda grandes ventajas económicas.³

Si paso de estos campesinos a los espíritus más cultivados, encuentro muy débil el espíritu de asociación en la literatura. Los hombres cuyas luces, estima y admiración mutua, crean entre ellos la cercanía más natural, no viven por ello menos aislados. Incluso el parentesco del genio poco sirve para acercar los corazones. Conozco aquí a unos cuatro o cinco hombres que son ciertamente la aristocracia del género humano, y que no tienen pares ni jueces sino entre ellos mismos. Si hubiesen estado separados por siglos, estos hombres, que vivirán para siempre, habrían lamentado amargamente el no haberse nunca conocido. Ellos viven en la misma época y en la misma ciudad, puerta con puerta, y no se visitan.

En el curso de una de mis peregrinaciones en Lyon, fui a ver a algunos tejedores, como acostumbro hacer, para informarme de los males y los remedios. Les pregunté si no les sería posible aso-

³ Pero todo parece indicar que ellas chocaban demasiado con los dos sentimientos que caracterizan a nuestra época: el amor a la propiedad personal y el amor a la familia. Hay que leer un folleto muy curioso del mayor de los hermanos Dupin: *Excursion dans la Nièvre*, 1840. Véase también mi obra *Origines du droit*, en lo que respecta a la *collaboratio*, los *parsonniers*, el *chanteau*, a *pan y agua*, etcétera.

ciarse en ciertos aspectos materiales y económicos, cualesquiera que fueran sus divergencias de opiniones. Uno de ellos, hombre lleno de buen sentido y de una alta moralidad, se daba muy bien cuenta de lo que buscaba con estas indagaciones, de corazón y con buena intención, y me permitió que llevara mi interrogatorio más lejos de lo que lo había hecho hasta entonces. “El mal —dijo él en primer lugar— viene de la parcialidad del gobierno hacia los fabricantes. ¿Y después? Su monopolio, su tiranía y su exigencia... ¿Esto es todo?” Se quedó callado unos dos minutos y luego, con un suspiro, pronunció este grave juicio: “Existe otro mal, señor, *somos insociables*”.

Estas palabras resonaron en mi corazón; las recibí como una sentencia. Tenía muchas razones para suponerlas justas y verdaderas. ¡Cuántas veces volvieron a mi memoria!... “¡Cómo! —me decía—, ¿acaso Francia, que es un país reputado por la dulzura eminentemente sociable de sus costumbres y de su genio, está dividida para siempre?... Si así fuera, ¿nos quedará alguna oportunidad para vivir? ¿Acaso no hemos perecido ya antes de perecer?... ¿Estará muerta el alma en nuestro interior? ¿Acaso somos peores que nuestros padres, por cuyas asociaciones piadosas se nos halaga constantemente?⁴ ¿Se han agotado el amor y la fraternidad en este mundo?”

⁴ Sólo la necesidad había enlazado con sus cadenas de bronce a las antiguas asociaciones bárbaras (véanse en mi obra *Origines* las formas terribles de asociación, como el beber sangre o derramarla bajo la tierra, etc.); digo la necesidad, y también la certidumbre de perecer si se permanecía desunidos. En las asociaciones monacales se prohíbe severamente pues la amistad se considera un robo a Dios (véase Michelet, *Histoire de France*, t. v, p. 12, nota). La barbarie del *compagnonnage* y su mismo intento por reformarse (véase A. Perdiguier) nos permite conocer bastante acerca de lo que eran las asociaciones industriales de la Edad Media. Nacida del peligro y de la oración (tan natural para el hombre en peligro), la cofradía odiaba al extranjero ciertamente más de lo que se quería a sí misma. La unía la bandera de su santo patrono que, con la procesión, la llevaba al combate. Se trataba mucho menos de fraternidad que de unión y fuerza defensiva, que a menudo se tornaba ofensiva por los odios y los celos entre los oficios.

En este pensamiento tan sombrío estaba yo resuelto como un moribundo a tratar de comprobar si me estaba muriendo, cuando me puse a considerar seriamente, no a los hombres más elevados ni a los últimos, sino a un hombre, ni bueno ni malo, que ha sufrido, y que ciertamente en el espíritu y en el corazón lleva en sí el pensamiento del pueblo... Este hombre, que no es otro que yo mismo, a pesar de vivir solo y de ser voluntariamente solitario, no por ello dejó de ser sociable y simpático.

Esto mismo les pasa a muchos. Un fondo inmutable e inalterable de sociabilidad duerme en las profundidades. Está entero, reservándose; lo siento por doquier en las masas: cuando desciendo a ellas, cuando escucho y observo. Pero, ¿por qué habría de sorprendernos que este instinto de sociabilidad fácil, que se ha visto tan desalentado en los últimos tiempos, se haya encogido y replegado?... Los partidos lo han engañado, los industriales lo han explotado y el gobierno lo ve sospechosamente: ya no se mueve, ya no actúa. ¡Todas las fuerzas de la sociedad parecen haberse volcado contra el instinto de sociabilidad!... Lo único que saben hacer es unir piedras y desunir a los hombres.

En esto, el patronazgo no suple de ninguna manera la falta de espíritu de asociación. La reciente aparición de la idea de igualdad mató (por un tiempo) la idea que la precedió: la de protección benevolente, de adopción y de paternidad. El rico le dijo duramente al pobre: “¿Reclamas la igualdad y el rango de hermano? ¡Bien, sea! Pero de ahora en adelante ya no obtendrás de mí auxilio alguno; Dios me imponía los deberes de padre, pero al exigir la igualdad, tú mismo me libraste de ellos”.⁵

⁵ El esfuerzo y la salvación del mundo consistirán en volver a encontrar el acuerdo de estas dos ideas. Estas palabras, fraternidad y paternidad, que son inconciliables en la familia, no lo son en absoluto en la sociedad civil. Ya he dicho que ésta halla, en la sociedad moral que todos los hombres llevan dentro, el modelo que permite conciliarlas. Véase el final de la Segunda parte.

Este pueblo (menos que ningún otro) no puede eludir el problema de esta manera. Ninguna comedia social, ninguna deferencia exterior pueden crear la ilusión de su sociabilidad. No tiene el humilde comportamiento de los alemanes. No tiene, como los ingleses, esa admiración permanente por el que es rico o noble. Si le dirigís la palabra y os contesta honesta y cordialmente, tened por seguro que lo hace más bien por vuestra persona, y muy poco por vuestra posición.

El francés ha vivido muchas cosas: la Revolución, la guerra. Un hombre así resulta difícil de guiar y de asociar. ¿Por qué? Porque precisamente como individuo tiene mucho valor.

En vuestra guerra de África, guerra muy individual y que obliga permanentemente al hombre a contar sólo consigo mismo, estáis forjando hombres de hierro; nadie duda de que tengáis razón al quererlos así y al formarlos así, en vísperas de las crisis que son de esperarse en Europa. Pero entonces no os asombréis demasiado si apenas de vuelta, y aunque se sometan al freno de las leyes, estos leones conservan algo de su independencia indómita.

Os prevengo que estos hombres no aceptarán la idea de la asociación, de no ser por el corazón y por la amistad. No creáis que los podréis unir en una sociedad *negativa* en la que el alma no contara en absoluto para vivir juntos sin amarse, sólo por economía y mansedumbre natural, como lo hacen por ejemplo los obreros alemanes en Zurich. Tampoco conviene a los franceses la sociedad *cooperativa* de los ingleses, que se unen perfectamente para tal o cual asunto especial, aunque, al mismo tiempo, se odien y se lleven la contraria en otro asunto en el que difieran sus intereses. Francia necesita una sociedad de amigos; el hecho de no admitir ninguna otra representa una desventaja en la industria pero revela una superioridad social. En este caso la unión no se consigue ni por la nobleza del carácter y la comunidad de

las costumbres, ni por la fiereza de los cazadores que, a la manera de los lobos, se agrupan en banda para perseguir la presa. Aquí la única unión posible es la de los espíritus.

Con tal de que exista esta condición, casi no hay forma de asociación que no sea excelente. En este pueblo simpático, la cuestión que domina es la de las personas y la de las disposiciones morales. “¿Se quieren los socios? ¿Congenian?”; ésta es la primera pregunta que hay que hacerse siempre.⁶ Se formarán sociedades de obreros que se conservarán si *ellos se quieren*; también se crearán sociedades de obreros-maestros, que vivirán como hermanos, sin jefes, pero será preciso que *se quieran* mucho.

Quererse no significa sólo comportarse con benevolencia mutuamente. Para quererse no bastarían una natural atracción de los caracteres y gustos afines. En esto hay que dejarse llevar por la propia naturaleza, pero de corazón, es decir, estar siempre dispuesto al sacrificio, a la entrega que inmola la naturaleza.

⁶ Sin duda, la forma es importante en la asociación, pero sólo en segundo término. Me parece insensato restablecer las antiguas formas, las *corporaciones*, las tiranías industriales, volviendo a colocarse los grilletes y, con la idea de caminar mejor, deshacer la obra de la Revolución y destruir a la ligera lo que se estuvo pidiendo por siglos. Por otra parte, si uno se imagina que el Estado, que hace tan poco en lo que le compete de manera natural, podría cumplir la función de fabricante y de comerciante universal, ¿acaso hace algo más que *remitirse al funcionario para todo*? Dicho funcionario, ¿es un ángel? Investido de este extraño poder, ¿será menos corrupto que el fabricante o el comerciante? Lo cierto es que en ningún caso será tan activo como ellos. En cuanto a la *comunidad*, no hace falta decir más de tres palabras. La comunidad *natural* es un estado muy antiguo, muy bárbaro y muy improductivo. La comunidad *voluntaria* es un impulso pasajero, un movimiento heroico que señala una fe nueva y que pronto decae. La comunidad *forzada*, impuesta por la violencia, es algo imposible en una época en que la propiedad está infinitamente dividida, y en ninguna parte es más imposible que en Francia. Para volver a las formas de asociación posibles, creo que éstas tienen *que ser diferentes en función de las diferencias existentes entre los oficios*; éstos, siendo más o menos complicados, requieren una unidad de dirección mayor o menor; y también tienen que *variar según los diferentes países*, en función de la diversidad de los genios nacionales. Se podría citar un inmenso número de hechos en respaldo de esta observación esencial que algún día desarrollaré.

¿Qué podríais hacer en este mundo sin el sacrificio?...⁷ Éste es su último sostén; sin él, el mundo se derrumbaría rápidamente. Aun suponiendo los mejores instintos, los caracteres más rectos y las naturalezas más perfectas (de las que no se ven aquí abajo), aun así, todo perecería en ausencia de este remedio supremo.

“¿Sacrificarse por otro!” Esto es algo extraño e inaudito que escandalizará a nuestros filósofos. “¿Inmolarse a quién? ¿A un hombre del que se sabe que vale menos que uno mismo? ¿Perder, en provecho de esa nada, un valor infinito?” En efecto, casi todo el mundo se atribuye a sí mismo un valor infinito.

No pretendemos negar que hay en esto una dificultad real. Prácticamente, la gente sólo se sacrifica por lo que cree infinito. Para el sacrificio se necesita un Dios, un altar... un Dios en el que los hombres se reconozcan y se amen... ¿Cómo podríamos sacrificarnos nosotros? ¡Hemos perdido a nuestros dioses!

¿Acaso ese lazo necesario era el dios Verbo, bajo la forma en que lo vivió la Edad Media? La historia entera está aquí para contestar: no. La Edad Media prometió la unión y sólo dio la guerra. Fue preciso que ese Dios conociera una segunda época y que apareciera en la tierra encarnado en el 89. Le dio entonces a la asociación una forma a la vez más amplia y más verdadera, que es lo único que todavía puede reunirnos y, a través de nosotros, salvar al mundo.

Francia, madre gloriosa, que no sois únicamente madre nuestra sino de toda nación que habéis de engendrar para la libertad, ¡haced que nos amemos en vos!

⁷ Ninguna época como la nuestra ha dado jamás ejemplos tan grandes de ello. ¿En qué siglo se han visto ejércitos tan grandes, de tantos millones de hombres, sufrir y morir sin rebelarse, con mansedumbre y en silencio?

XXI. LA PATRIA.
¿DESAPARECERÁN LAS NACIONALIDADES?

LAS ANTIPATÍAS NACIONALES HAN DISMINUIDO, EL DERECHO de gentes se ha suavizado, hemos entrado en una era de benevolencia y fraternidad, en comparación con los tiempos llenos de odio de la Edad Media. Ya las naciones en algo han mezclado sus intereses y se han copiado mutuamente en sus modas y sus literaturas. ¿Significa esto que las nacionalidades se están debilitando? Examinémoslo con cuidado.

Ciertamente, en cada nación se ha debilitado la disidencia interna. Nuestras provincialidades francesas se borran con rapidez. Escocia y el país de Gales se han adherido a la unidad británica. Alemania busca su propia unidad y cree que está lista para sacrificar en aras de ella una multitud de intereses divergentes que hasta ahora la dividían.

Sin duda, el sacrificio de las diversas nacionalidades internas en favor de la nacionalidad mayor que las contiene, fortalece a esta última. Quizá difumine el detalle sobresaliente y pintoresco que caracterizaba a un pueblo a los ojos del observador superficial, pero fortalece su genio y le permite manifestarse. En el momento en que Francia suprimió en su seno a todas las Francias divergentes, dio de sí su más alta y original revelación. Se encon-

tró a sí misma; y al mismo tiempo que proclamaba el futuro derecho común del mundo, se diferenciaba de él como no lo había hecho jamás.

Lo mismo puede decirse de Inglaterra; con sus máquinas, sus barcos y sus 15 millones de obreros, hoy se diferencia mucho más de todas las demás naciones que en los tiempos de Isabel. Alemania, que andaba buscándose a tientas en los siglos XVII y XVIII, se descubrió por fin con Goethe, Schelling y Beethoven; sólo desde entonces ha podido aspirar seriamente a la unidad.

No se están borrando las nacionalidades; muy por el contrario, yo las veo a diario forjarse moralmente; de sumas de hombres que eran antes, ahora se hacen personas. Ello corresponde al progreso natural de la vida. En el comienzo, todo hombre siente confusamente su genio; en la primera edad parecería tratarse de un hombre corriente; a medida que avanza, ahonda en sí mismo, proyectándose al exterior con sus actos y sus obras; poco a poco se convierte en un hombre único, sale de su clase y merece un nombre.

Sólo conozco dos medios para creer que las nacionalidades van a desaparecer dentro de poco: 1. Ignorar la historia, no conocerla sino a través de fórmulas vacuas, como los filósofos que no la estudian nunca, o también a través de los lugares comunes de la literatura, para charlar sobre ella, como lo hacen las mujeres. Quienes la conocen de esta manera la ven en el pasado como un pequeño punto oscuro que uno puede eliminar si quiere. 2. Esto no es todo; es preciso asimismo ignorar la naturaleza tanto como la historia, y olvidarse de que los caracteres nacionales no se derivan en absoluto de nuestros caprichos sino que se arraigan profundamente en la influencia del clima, la alimentación y las producciones naturales de un país, que en alguna medida se podrán modificar, pero que no se borran jamás. A quienes no están vinculados ni por la fisiología ni por la historia, y que consti-

tuyen la humanidad sin informarse del hombre ni de la naturaleza, les resulta fácil suprimir las fronteras, rellenar los ríos y allanar las montañas. Sin embargo, les advierto que seguirán existiendo las naciones si ellos no se cuidan de suprimir las ciudades y los grandes centros de civilización donde las nacionalidades han concentrado su genio.

Hacia el final de la Segunda parte dijimos que si en algún lado Dios colocó el modelo de la ciudad política, fue, según todas las apariencias, en la ciudad moral, quiero decir, en el alma del hombre. Pero ¿qué es lo primero que hace esta alma? Se fija en un lugar, se recoge en él, se dota de un cuerpo, de una morada y de un orden de ideas, después de lo cual le es posible actuar. Exactamente de la misma manera, el alma de un pueblo debe convertirse en el punto central de un organismo; es necesario que se asiente en un lugar, que allí se concentre y se recoja, y que se armonice con una determinada naturaleza, como la pequeña Roma con las siete colinas, o, en el caso de nuestra Francia, con el mar y el Rin, con los Alpes y los Pirineos, que son nuestras siete colinas.

El hecho de circunscribirse, de recortar algo suyo en el espacio y en el tiempo, de morder una parcela propia en el seno de la naturaleza indiferente y disolvente, siempre deseosa de confundirlo todo, constituye una fuerza para todo tipo de vida. Esto es existir, es vivir.

Un espíritu que se fija en un punto irá profundizándose. Un espíritu que divaga en el espacio, se dispersa y se desvanece. Vedlo: el hombre que da su amor a todas las mujeres, pasa sin haber conocido el amor; con sólo amar una vez y por mucho tiempo, encuentra en una pasión lo infinito de la naturaleza y todo el progreso del mundo.¹

¹ La patria (la *matria*, como decían tan justamente los dorianos) es el amor de los amores. Aparece en nuestros sueños como una joven madre adorada o como

Lejos de oponerse a la naturaleza, la patria y la ciudad son el único medio todopoderoso de que dispone el alma del pueblo que allí habita, para realizar su naturaleza. Le proporciona a la vez el punto de partida vital y la libertad de su desarrollo. Suponed el genio ateniense pero sin Atenas: flota, divaga, se pierde y muere sin ser conocido. En cambio, encerrado en ese marco estrecho pero afortunado de una ciudad semejante, anclado en esa tierra exquisita donde la abeja libaba la miel de Sófocles y de Platón, el poderoso genio de Atenas, de una ciudad diminuta, hizo más en dos o tres siglos que una docena de pueblos de la Edad Media en mil años.

El medio más poderoso de que dispone Dios para crear y aumentar la originalidad distintiva es el mantener el mundo dividido armónicamente en estos grandes y hermosos sistemas que llamamos naciones; y que, al abrirle al hombre un campo diverso de actividades, le brinda una verdadera educación.² Mientras más avanza el hombre, más profundamente penetra en el genio de su patria, y mejor concurre a la armonía del planeta; aprende a conocer su patria, tanto en su valor propio como en su valor relativo, como si fuera una nota del gran concierto; a través de la patria el hombre se asocia a ese concierto, y en ella ama al mundo. La patria es la necesaria iniciación a la patria universal.

De esta manera, la unión sigue progresando sin que haya peligro de alcanzar jamás la unidad puesto que, a cada paso que da

una nodriza fuerte que nos amamanta por millones... ¡Qué imagen más débil! No sólo nos amamanta: nos contiene en sí. *In ea movemur et sumus.*

² Todo concurre hacia esta educación. No hay objeto de arte ni de industria, ni siquiera de productos de lujo, ninguna forma elevada de cultura, que no ejerza una acción sobre la masa de los hombres y que no ejerza influencia en los últimos y más pobres de ellos. En ese gran cuerpo que es una nación, hay una circulación espiritual que, insensiblemente, baja, sube, llega a lo más alto y a lo más bajo. Esta idea penetra por los ojos (las modas, las tiendas, los museos, etc.) y a través de la conversación y la lengua, que es el gran depósito del progreso común. Todos reciben el pensamiento de todos, tal vez sin analizarlo, pero al fin y al cabo lo reciben.

en dirección de la concordia,³ cada nación se vuelve más original. Si —cosa imposible— cesaran las diversidades y sobreviniera la unidad, y todas las naciones cantaran la misma nota, el concierto habría terminado; al confundirse, la armonía ya no sería más que un ruido vano. El mundo, monótono y bárbaro, podría morir entonces sin que nadie lo lamentara siquiera.

Estoy seguro de que nada habrá de perecer, ni el alma del hombre, ni el alma del pueblo; estamos en muy buenas manos. Por el contrario, viviremos siempre más, es decir, fortaleciendo nuestra individualidad y adquiriendo originalidades más poderosas y fecundas. ¡Dios nos libre de perdernos en él!... Y si ninguna alma perece, ¿cómo podrían extinguirse las grandes almas de las naciones, con su genio tan vivaz y su historia pletórica de mártires, cumbre de sacrificios heroicos y plena de inmortalidad? Cuando una de ellas se eclipsa por un instante, el mundo entero se enferma, en todas sus naciones, y el mundo del corazón sufre en sus fibras, que responden a las naciones... Lector, esa fibra doliente que veo dentro de vuestro corazón ¿es Polonia —y es Italia!⁴

La nacionalidad, la Patria, es siempre la vida del mundo. Si ella muriera, todo moriría. Id a preguntárselo al pueblo: él lo siente y os lo dirá. Preguntadle a la ciencia, a la historia y a la experiencia del género humano. Estas dos grandes voces están de

³ A medida que una nación se posesiona de su genio, ella lo revela y lo hace constar por medio de sus obras, y cada vez resulta menor su necesidad de oponerle por la guerra al de los demás pueblos. Su originalidad está cada día mejor afianzada y se manifiesta más en la producción que en la oposición. La diversidad de las naciones que se manifestaba en forma violenta por la guerra, se expresa mejor cuando cada una de ellas hace oír distintamente su gran voz; antes, todas gritaban al unísono; ahora, cada cual canta su parte; poco a poco se va creando un concierto, una armonía, y el mundo se convierte en una lira. Pero ¿cuál es el precio de esa armonía? El de la diversidad.

⁴ ¡Polonia sufre, se ha quedado muda en el Colegio de Francia, con la voz potente que aún tenía, en nuestro grande y querido Mickiewicz!

acuerdo. ¿Dos voces? No, dos realidades: lo que es y lo que fue, en contra de la vana abstracción.

Sobre esto descansaban mi corazón y la historia; estaba yo firmemente asentado en esta roca, no necesitaba que nadie confirmara mi fe. Pero penetré en las multitudes e interrogué al pueblo, a los jóvenes y los ancianos, a los pequeños y los grandes. A todos los oí testimoniar en favor de la patria. Ésta es la fibra viva que, en ellos, es lo último que muere, la encontré en algunos muertos... Fui a esos cementerios que llamamos cárceles y presidios, y allí abrí a los hombres; pues bien, adivinad lo que encontraba en estos hombres muertos cuyo pecho estaba vacío: Francia de nuevo, que era la última chispa con la que acaso se les hubiera podido revivir.

Os lo ruego: no digáis que no significa nada haber nacido en el país que rodean los Pirineos, los Alpes, el Rin y el océano. Tomad al hombre más pobre, al peor vestido y hambriento, al que creáis que está preocupado únicamente por sus necesidades materiales. Él os dirá que el hecho de participar de esta inmensa gloria y de esta leyenda única de la que está pendiente el mundo, constituye un patrimonio. Bien sabe él que si se fuera al desierto más remoto del planeta, en el ecuador o en los polos, encontraría allí a Napoleón, a nuestros ejércitos y a nuestra gran historia, dispuestos a ampararlo y a protegerlo; sabe que los niños acudirían a él, y que los ancianos callarían y le rogarían que hablara y, con sólo oírlo decir esos nombres, besarían sus ropas.

En cuanto a nosotros, sea lo que fuere lo que venga de nosotros, pobres o ricos, felices o desdichados, vivos o más allá de la muerte, siempre agradeceremos a Dios el habernos dado esta gran patria: Francia. Y ello no sólo por tantas cosas gloriosas que ha hecho, sino sobre todo porque encontramos en ella a la vez al representante de las libertades del mundo y un país simpático, que es una iniciación al amor universal. Este último rasgo es tan

fuerte en Francia que, a menudo, ha llegado a olvidarse de sí misma. Hoy debemos hacer que vuelva en sí, rogándole que se quiera más que todas las naciones.

Sin duda, cualquier gran pueblo representa para el género humano un ideal importante. Pero, ¡gran Dios!, ¡cuánto más cierto es esto en el caso de Francia! Suponed por un momento que ella se eclipsara y se acabara: el lazo de compatibilidad que une al mundo se relajaría, se disolvería y probablemente se destruiría. Esto afectaría en lo más vivo al amor que insufla la vida del planeta. La Tierra entraría en la edad glacial tal y como ha ocurrido en otros planetas muy cercanos a nosotros.

Al respecto tuve en pleno día un sueño espantoso que debo contar. Me encontraba en Dublín, cerca de un puente, caminando a lo largo de un muelle; miraba el río, al que veía arrastrarse débil y estrecho entre dos anchas riberas arenosas, más o menos como se ve el nuestro desde el Quai des Orfèvres, y creí reconocer el Sena; hasta los muelles eran parecidos, con excepción de las tiendas de lujo y los monumentos, las Tullerías y el Louvre: era casi París, aunque menos París. Bajaban de aquel puente unas personas mal vestidas, no como aquí, con blusas, sino con ropas viejas y manchadas. Disputaban violentamente, con voz áspera, gutural y absolutamente bárbara, con un horrible jorobado harapiento, cuya imagen sigue viva en mí; a su lado pasaba gente miserable y contrahecha... Mientras contemplaba esta escena, algo me sobrecogió y me aterrorizó: todas esas figuras eran francesas... Era París, era Francia, una Francia fea, embrutecida y salvaje. En ese momento sentí cuán crédulo es el terror; no hice ninguna objeción. Pensé que, al parecer, había sobrevenido otro 1815, pero desde hacía mucho, muchísimo tiempo, y que siglos de miseria habían impuesto su pesantez sobre mi país, irremediablemente condenado; yo regresaba para hacerme cargo de mi parte en este inmenso dolor.

Esos siglos pesaban como plomo sobre mí; ¡cuántos siglos en dos minutos!... Me quedé clavado allí mismo y dejé de caminar... Mi compañero de viaje me sacudió y volví un poco en mí..., pero no expulsó del todo este terrible sueño de mi mente, y no lograba consolarme. Mientras estuve en Irlanda se apoderó de mí una profunda tristeza, y ahora que lo escribo me apresa el sentimiento nuevamente.

XXII. FRANCIA

HACE ALGUNOS AÑOS, EL DIRIGENTE DE UNA DE NUESTRAS escuelas socialistas preguntaba: “¿Qué es la patria?” Confieso que esas utopías cosmopolitas de goces materiales me parecen un comentario prosaico al poema de Horacio: “Roma se está derrumbando, huyamos a las islas afortunadas”; qué triste canto de abandono y desaliento.

-- Los cristianos que llegaron después con la patria celestial y la fraternidad universal en este mundo, no por ello dejaron, con esta doctrina hermosa y emocionante, de asestarle el golpe mortal al Imperio romano, y pronto sus hermanos del norte acudieron a colocarles la cuerda en el cuello.

Contrariamente a lo dicho por el gran poeta que acabamos de citar, nosotros no somos hijos de esclavos sin patria y sin dioses; ni romanos de Tarso, como el apóstol de los gentiles; somos los romanos de Roma y los franceses de Francia. Somos los hijos de los que, gracias al esfuerzo de una nacionalidad heroica, han realizado la obra del mundo, fundando el evangelio de la igualdad para todas las naciones. Nuestros padres no entendieron la fraternidad como una simpatía vaga que lo acepta y ama todo, y que mezcla, degrada y confunde todo. Creyeron que la fraterni-

dad no era la ciega mezcolanza de las existencias y los caracteres, sino la unión de los corazones. Conservaron para sí y para Francia la originalidad de la entrega y el sacrificio que nadie le disputó; ella sola estuvo regando con su sangre el árbol que plantó. Para las otras naciones había ahí una buena oportunidad para no dejarla sola. Pero no imitaron a Francia en su entrega; ¿acaso se querría hoy que Francia las imitara en su egoísmo y su indiferencia inmoral, y que al no haber podido enaltecerlas, ella descendiera a su nivel?

¿Quién podría ver sin asombro al pueblo que erigió ayer el faro del porvenir, en el que todas las miradas del mundo están puestas, arrastrarse cabizbajo por la vía de la imitación?... ¿Cuál es esta vía? La conocemos demasiado bien, muchos pueblos la han seguido: es simplemente la vía del suicidio y la muerte.

¡Desdichados imitadores! ¿Acaso creéis que es posible imitar?... Se le toma a un pueblo vecino tal o cual cosa que en él es viva; mal que bien, se la apropia, pese a las repugnancias de un organismo que no estaba hecho para ella; pero al hacer penetrar en vuestra carne un cuerpo extraño, una cosa inerte y muerta, le apostáis a la muerte.

¡Y qué decir si esta cosa no sólo es extranjera y diferente sino también enemiga! ¿Y si, precisamente, vais a buscar entre los que la naturaleza os ha dado como adversarios, al oponérselos simétricamente?; ¿si estáis pidiendo una renovación de vida a lo que es la negociación de vuestra propia vida?; ¿si Francia, por ejemplo, emprendiendo una marcha a contrapelo de su historia, se pone a copiar lo que se puede llamar la anti-Francia, es decir, a Inglaterra?

No se trata aquí de odio nacional ni de malevolencia ciega. Tenemos por esta gran nación británica la estima que debemos; hemos dado prueba de ello estudiándola seriamente, como no lo ha hecho ningún otro hombre de nuestra época. Como resulta-

do de este estudio y de esta misma estima, estoy convencido de que el progreso del mundo pide que ninguno de los dos pueblos pierda sus cualidades en una mezcla indistinta, que estos dos imanes opuestos actúen en sentido inverso, y que estas dos electricidades, positiva y negativa, no se confundan jamás.

Hemos preferido precisamente el elemento que, para nosotros, era el más heterogéneo de todos: el elemento inglés. Lo hemos adoptado en la política, en nuestra constitución, confiando en unos doctrinarios que copiaban sin entender; lo hemos adoptado en la literatura, sin ver que el primer genio que Inglaterra ha tenido en nuestros días es el que la desmintió más violentamente. Por último, hemos adoptado ese mismo elemento inglés —cosa increíble y que mueve a risa— en el arte y en la moda. Estamos copiando esa rigidez, esa torpeza, que no es exterior ni accidental, sino que está ligada con un profundo misterio fisiológico.

Tengo a la vista dos novelas escritas con gran talento. Y bien, en estas novelas francesas, ¿quién es el personaje ridículo? El francés, siempre el francés. El inglés es el hombre admirable, la providencia invisible pero presente que lo salva todo, que llega en el momento justo para reparar todas las torpezas del otro. ¿Cómo?... ¡Ah!, porque es rico. El francés es pobre materialmente y también pobre de espíritu.

¡Es rico! ¿Es ésta pues la causa de tan singular encaprichamiento? El rico (con mayor frecuencia el inglés) es el bienamado de Dios. A los espíritus más libres y más firmes les cuesta mucho defenderse de una prevención a su favor... Las mujeres lo encuentran hermoso y los hombres se muestran muy dispuestos a creerlo aristócrata. Los artistas toman como modelo su noble cabalgadura.

¡Es rico! Confesadlo: éste es el motivo secreto de la admiración universal. Inglaterra es un pueblo rico; poco importan sus

millones de mendigos. Para quien no se informa sobre los hombres, ella presenta al mundo el espectáculo único de la acumulación de riquezas más grande que se haya realizado: agricultura exitosa, ¡tantas máquinas, tantos buques y tantos almacenes llenos y colmados, en esta bolsa dueña del mundo! Allí fluye el oro como brota el agua.

¡Ah, Francia no tiene nada que se le parezca: es el país de la pobreza! Un enlistado comparativo de todo lo que posee una y de todo lo que le falta a la otra nos llevaría demasiado lejos. Inglaterra está en buena posición para preguntarle a Francia, con una sonrisa, cuáles son, después de todo, los resultados materiales de su actividad, y qué es lo que queda de su trabajo y de tantos movimientos y esfuerzos.¹

Aquí está esta Francia sentada en el suelo, como Job, entre sus amigas, las naciones, que la vienen a consolar, le hacen preguntas y tratan de mejorarla, si se puede, y de trabajar para su salvación.

“¿Dónde están tus barcos y tus máquinas?” le dice Inglaterra. Y Alemania: “¿Dónde están tus sistemas? ¿No tendrás tú, al menos, como Italia, obras de arte que mostrar?”

Queridas hermanas que acudís así a consolar a Francia, per-

¹ Los productos materiales de Francia y los resultados duraderos de su labor no son nada en comparación con sus productos invisibles. Generalmente éstos fueron actos, movimientos, palabras e ideas. Su literatura escrita (no obstante ser, a mi juicio, la primera de todas) viene a quedar lejos, muy lejos y muy por debajo, de su palabra y de su conversación brillante y fecunda. Sus fabricaciones de todo tipo no son nada frente a su acción. En lugar de máquinas tuvo hombres heroicos; en vez de sistemas, hombres inspirados. “Esa palabra, esa acción, ¿acaso no son cosas improductivas?” Y esto es precisamente lo que coloca a Francia muy en alto. Descolló en lo que es movimiento y gracia, en las cosas que no sirven para nada. Las cosas imponderables, inasibles e invisibles comienzan por encima de todo lo que es material y tangible. Por lo tanto, no clasificuéis nunca a Francia según el rasero de lo material, por lo que se ve y se toca. No la juzguéis, como juzgáis a cualquier otra nación, en función de lo que notéis de su miseria exterior. Es el país del espíritu, y, por consiguiente, el que menos se presta a la acción material del mundo.

mitid que yo os conteste. Ella está enferma, ya veis; yo veo que está cabizbaja, y no quiere hablar.

Si se quisiera amontonar lo que cada nación ha gastado en sangre, oro y esfuerzos de todo género para las cosas desinteresadas que sólo beneficiarían al mundo, la pirámide de Francia subiría hasta el cielo... Y la vuestra, ¡oh, naciones!, las de todas las que estáis aquí, ¡ah!, la vuestra, el cúmulo de vuestros sacrificios, alcanzaría la rodilla de un niño.

Por lo tanto, no vengáis a decirme: “¡Qué pálida está esta Francia!...”. Ella derramó su sangre por vosotras. “¡Cuán pobre es!” Porque, por vuestra causa, ella dio sin pedir nada.² Y cuando ya no tuvo nada más, dijo: “No tengo ni oro ni plata, pero lo que tengo os lo doy...”. Entonces donó su alma, y es de ella de la que vosotros vivís.³

“Lo que le queda es lo que ella dio...” Pero escuchad bien, naciones, y sabed que sin nosotros no hubierais aprendido nunca: “¡Mientras más da uno, más conserva!” Puede que el espíritu de Francia esté durmiendo en ella, pero sigue entero, y está siempre cerca de un poderoso despertar.

² Escribo aquí, suavizándola, una idea que me asedió las primeras veces que crucé la frontera. Una vez, en particular, entrando en Suiza, este pensamiento me hirió el corazón. ¡Ver a nuestros pobres campesinos del Franco Condado tan miserables, y, de repente, cruzando un pequeño río, a la gente de Neuchâtel, tan acomodada, tan bien vestida y visiblemente feliz! ¿Qué son, en el fondo, la deuda y el ejército, las dos cargas más pesadas que agobian a Francia? Son dos sacrificios que ella hace por el mundo y no sólo por ella misma. La deuda es el dinero que le paga por haberle dado su principio de salvación, la ley de la libertad que él copia de ella, calumniándola. ¿Y el ejército de Francia? Es la defensa del mundo, la reserva que ella conserva para él, para el día en que lleguen los bárbaros, en el que Alemania, buscando siempre su unidad, que busca desde Carlomagno, se vea obligada a colocarnos frente a ella, o bien a convertirse en la vanguardia de Rusia, contra la libertad.

³ No, no es ni el maquinismo industrial de Inglaterra, ni el maquinismo escolástico de Alemania, lo que da vida al mundo; cualquiera que sea el estado en que se encuentre Francia, Europa siempre lleva en sí su aliento, el calor latente de su Revolución.

Hace mucho tiempo que yo soy Francia y que he vivido con ella día a día desde hace dos millares de años. Juntos hemos vivido los peores días, y esta vez estoy convencido de que este país es el de la invencible esperanza. Es necesario que Dios la ilumine, más que a cualquier otra nación, puesto que ella ve en la noche cerrada, cuando ninguna otra logra ver; en esas espantosas tinieblas que descendían frecuentemente en la Edad Media y todavía después, nadie distinguía el cielo; sólo Francia lo veía.

Esto es Francia. Nada nunca acaba en ella; todo está siempre por comenzar.

Cuando nuestros campesinos galos expulsaron a los romanos por un tiempo e hicieron el imperio de las Galias, inscribieron en su moneda la primera voz (y la última) de este país: *esperanza*.

XXIII. FRANCIA, SUPERIOR COMO DOGMA Y COMO LEYENDA. FRANCIA ES UNA RELIGIÓN

EL EXTRANJERO CREE QUE LO HA DICHO TODO CUANDO, SONRIENDO, dice: "Francia es la hija de Europa". Si vosotros le dais este título, que ante Dios no es el menos importante, tendréis que convenir en que es el niño Salomón que se sienta como juez e imparte justicia. ¿Quién sino Francia ha conservado la tradición del derecho?

Tradición del derecho religioso, político y civil; el sitio de Papiniano y la cátedra de Gregorio VII.

En ninguna parte está Roma salvo aquí. Desde san Luis, ¿a quién acude Europa para demandar justicia; a quién acuden el papa, el emperador y los reyes?... ¿Quién podría desconocer el papado teológico en Gerson y en Bossuet, el papado filosófico en Descartes y en Voltaire, y el papado político y civil en Cujas, en Dumoulin, en Rousseau y Montesquieu? Sus leyes no son otras que las de la razón, y se impone a sus mismos enemigos. Inglaterra acaba de darle el código civil a la isla de Ceilán.

Roma tuvo el pontificado de los tiempos oscuros, y el reinado de los tiempos equívocos. Francia ha sido el pontífice de los tiempos de luz.

Esto no es un accidente de los últimos siglos ni un azar revolucionario. Es el legítimo resultado de una tradición ligada a to-

da la tradición desde hace dos mil años. Ningún pueblo tiene una tradición parecida. Se prolonga en él el gran movimiento humano (marcado de manera tan nítida por las lenguas), de la India a Grecia, y a Roma, y de Roma a nosotros.

Todas las otras historias están truncas: únicamente la nuestra se halla completa; tomad la historia de Italia: le faltan los últimos siglos; tomad la historia de Alemania y de Inglaterra: hacen falta los primeros siglos. Tomad la de Francia: con ella, conocéis el mundo.

Y en esta gran tradición, además de una continuidad hay un progreso. Francia prosiguió la obra romana y cristiana. El cristianismo prometió, y ella cumplió. Francia enseñó al mundo la igualdad fraternal, aplazada hasta la otra vida, como la ley de aquí abajo.

Esta nación posee dos cosas muy fuertes, que no veo en ninguna otra. Posee a la vez el principio y la leyenda, la idea más amplia y más humana, al mismo tiempo se observa con fidelidad la tradición.

Este principio y esta idea, que en la Edad Media estaban sepultados bajo el dogma de la gracia, en lengua del hombre se llaman fraternidad.

Esta tradición es la que hace que la historia de Francia sea la de la humanidad, desde César hasta Carlomagno y a san Luis, de Luis XIV a Napoleón. Se perpetúa en ella, bajo diversas formas, el ideal moral del mundo: de san Luis a la Doncella, y de Juana de Arco a nuestros jóvenes generales de la Revolución; sea cual fuere el santo de Francia, es el de todas las naciones: el género humano lo adopta, lo bendice y lo llora.

“Para todo hombre —decía imparcialmente un filósofo americano— el primer país es su patria, y el segundo, es Francia.” Pero, ¡cuántos hombres prefieren vivir aquí antes que en su país! En cuanto les resulta posible romper por un momento el hilo que

los amarra, acuden a posarse en su suelo; como desdichadas aves de paso, se refugian en ella y toman, al menos por un instante, un poco de calor vital, confesando tácitamente que aquí está la patria universal.

Esta nación, considerada de esta manera como el asilo del mundo, es mucho más que una nación: es la fraternidad viviente. Pero sea cual fuere la flaqueza en que pueda incurrir, abriga en el fondo de su naturaleza este vivo principio que hace que ella conserve, más allá de todos los avatares, ciertas posibilidades particulares de restaurarse.

El día en que Francia, acordándose de lo que fue y de lo que debe ser para el género humano, se rodee de sus hijos y les enseñe la misma Francia, como fe y como religión, ella volverá a sentirse viva, y sólida como el planeta.

Digo aquí una cosa muy grave, en la que he pensado mucho tiempo, y que quizá signifique la renovación de nuestro país, que es el único que tiene el derecho de enseñarse de esta manera a sí mismo, porque es el que más ha confundido sus intereses y su destino con los de la humanidad; es el único que puede hacerlo, porque su gran leyenda nacional, y sin embargo humana, es la única completa, y la más continua de todas; y la que, por su trayectoria histórica, responde mejor a las exigencias de la razón.

Y en esto no hay ningún fanatismo; es la expresión demasiado abreviada de un juicio serio, fundado en un largo estudio. Me resultaría extremadamente fácil mostrar que las otras naciones no han tenido más que leyendas especiales que el mundo no ha recogido. Estas leyendas, por lo demás, tienen a menudo ese carácter aislado, individual, no enlazado, como si fueran puntos luminosos, alejados unos de otros.¹ La leyenda nacional es un in-

¹ Para hablar en primer lugar del gran pueblo que parece más rico en leyendas, es decir Alemania, las de Sigfrido el invulnerable, de Federico Barbarroja y de Goetz de la mano de hierro, son sueños poéticos que vuelcan la vida en el pa-

menso reguero de luz ininterrumpido, una verdadera vía láctea en la que el mundo siempre ha tenido puesta la mirada.

Como raza, como lengua y como instinto, Alemania e Inglaterra son ajenas a la gran tradición del mundo: la tradición romano-cristiana y democrática. Toman algo de ella, pero no lo gran armonizarlo con su fondo, que es excepcional; lo toman de lado, indirecta y torpemente; lo toman sin tomarlo. Observad bien a estos pueblos, en ellos encontraréis un desacuerdo entre vida y principio, entre lo físico y lo moral, que no existe en Francia, y que (aun sin tomar en cuenta el valor intrínseco, deteniéndose solamente en la forma y no consultando sino el arte) impedirá siempre que el mundo busque en ellos sus modelos y sus enseñanzas.

En Francia, por el contrario, no se mezclan los principios: el elemento céltico se compenetró con el elemento romano, y llegó a ser uno con él. El elemento germánico, sobre el que algunos hacen tanta bulla, es en verdad imperceptible.

Francia procede de Roma y debe enseñar lo relativo a esta ciudad, su lengua, su historia y su derecho. En esto nuestra educación no es absurda. Sí lo es por el hecho de que no impregna esta educación romana con el sentimiento de Francia; apoyándose

sado, en lo imposible y en vanos lamentos. Lutero no pudo dejar una leyenda porque la mitad de Alemania lo rechazó y lo abucheó. Federico, personaje poco alemán y muy prusiano (lo cual es totalmente distinto), y además francés y filósofo, dejó la huella de una fuerza, pero nada en el corazón, nada de poesía, nada de fe nacional.

Las leyendas históricas de Inglaterra, la victoria de Eduardo III y la de Isabel, son más un hecho glorioso que un modelo moral. Gracias a Shakespeare, en el espíritu inglés ha permanecido con mucha fuerza, y ha influido demasiado en él, el tipo de Ricardo III. Es curioso observar cuán fácilmente se rompió la tradición de los ingleses; en tres ocasiones parecería que surgieron tres pueblos. Las baladas de Robin Hood y otros, en que se reflejaba la Edad Media, terminaron con Shakespeare; a Shakespeare lo mataron la Biblia, Cromwell y Milton, los que desaparecieron ante el industrialismo y los seudograndes hombres de los últimos tiempos... ¿Dónde está el hombre completo en el que se pueda fundar la leyenda?

pesada y escolásticamente en Roma, que es el camino, oculta a Francia, que es la meta.

Sería preciso enseñarle esta meta al niño desde el inicio, haciéndolo partir de Francia, que es él, y a través de Roma traerlo a Francia, que es él de nuevo. Sólo entonces nuestra educación sería armónica.

El día en que este pueblo vuelva en sí, abra los ojos y se mire a sí mismo, entenderá que la primera institución que puede hacerlo vivir y durar consiste en impartir *a todos* (más o menos extensamente, según el tiempo del que dispongan) esa educación armónica que fundaría la patria en el corazón mismo del niño. No hay otra salvación. Hemos envejecido por nuestros vicios, y no queremos curarnos. Si Dios salva a este país glorioso y desafortunado, lo salvará con la infancia.

XXIV. LA FE QUE ANIMÓ LA REVOLUCIÓN.
ÉSTA NO MANTUVO SU FE HASTA EL FINAL
NI TRANSMITIÓ SU ESPÍRITU
A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN

EL ÚNICO GOBIERNO QUE SE HA OCUPADO CON MUCHA ENTREGA de la educación del pueblo, ha sido el de la Revolución. La Asamblea Constituyente y la Legislativa plantearon sus principios con admirable claridad y con un sentido verdaderamente humano. En medio de su enconada lucha contra el mundo y contra Francia, a la que salvaba a pesar de ella misma, la Convención, entre los peligros personales que corría, asesinada en todas sus partes, diezmada y mutilada, no soltó prenda y prosiguió empecinadamente esta obra santa y sagrada de educación popular; durante esas noches tormentosas en que sesionaba en armas, prolongando todas las sesiones, aunque cada una de ellas podía ser la última, se tomó, sin embargo, el tiempo necesario para hacer que comparecieran todos los sistemas para poder analizarlos. “Si decretamos la educación —decía uno de los convencionistas—, habremos vivido lo suficiente.”

Los tres proyectos que adoptó la Convención están llenos de sentido y de grandeza. En primer lugar, organiza los niveles elevados y los inferiores, las escuelas normales y las primarias; enciende una viva luz y la lleva en primerísimo lugar a la vasta profundidad del pueblo. Después, con más detenimiento, llena el

espacio intermedio, es decir, las escuelas centrales o los colegios donde podrán educarse los ricos. No obstante, todo se ha creado conjunta y armónicamente; se sabía entonces que una obra viva no se hace de manera fragmentada.

¡Qué momento de memoria eterna! Esto pasaba dos meses después del 9 de Termidor... La gente volvía a creer en la vida. Francia, surgida del sepulcro, repentinamente madurada tras veinte siglos, Francia luminosa y ensangrentada, llamó a todos sus hijos para que recibiesen la soberana enseñanza de su gran experiencia, y les dijo: Venid y ved.¹

¹ El fruto principal de aquella experiencia fue saber que la sangre humana tiene un poder terrible en contra de los que la han derramado. Me resultaría demasiado fácil establecer que Francia se salvó a pesar del terror. Los terroristas nos han hecho un daño inmenso que aún perdura. Id hasta la última choza del país más remoto de Europa y encontraréis ese recuerdo, esa maldición. Los reyes han hecho perecer a sangre fría, en sus patíbulos, sus Spielberg, en sus *presides*, sus Siberias, etc., a un número mucho mayor de hombres; ¿qué importa? No por ello las víctimas del Terror quedan siempre sangrientas en el recuerdo de los pueblos. No debemos desaprovechar ninguna oportunidad para protestar contra esos horrores que no son nuestros, y que no se nos deben imputar. El arrojó de los ejércitos fue lo único que salvó a Francia. Sin duda, el Comité de Salud Pública secundó este arrojó, pero esto se debió justamente a los excelentes administradores militares que había en él, a los que Robespierre detestaba y que hubiera mandado al cadalso de no haber sido porque los necesitaba. Nuestros generales más puros no encontraron en Robespierre y sus amigos sino malevolencia, desconfianza y obstáculos de todo género. No hay espacio aquí para explayarme sobre todo esto. Al respecto, hago votos para que quienes están reimprimiendo la muy útil compilación de Roux y Buchez supriman en ella algunas lamentables paradojas, como la apología del 2 de septiembre y la de la san Bartolomé, la credencial de buenos católicos otorgada a los jacobinos, la sátira de Charlotte Corday (t. xxviii, p. 337), el elogio a Marat, etc. "Marat distribuía sus denuncias con sentido justo y un tacto bastante seguro" (p. 345). He aquí un juicioso elogio de quien llegó a pedir 200 mil cabezas de una vez (véase *Le Publiciste*, 14 de diciembre de 1792). Estos neocatólicos han retomado al pie de la letra, en sus hermosas justificaciones del Terror, la que hizo por divertirse Charles Nodier, el paradójico redactor de *La Quotidienne*. No haría yo esta observación si no pretendieran algunos difundir estas extrañas locuras en periódicos baratos dirigidos al pueblo y a los trabajadores, que no tienen tiempo de examinarlas.

Cuando el vocero de la Convención pronunció estas palabras sencillas y graves: "Sólo el tiempo podía ser el profesor de la República", ¿existieron ojos que no se llenaran de lágrimas? Todos habían pagado muy caro la lección del tiempo, todos habían pasado por la muerte, ¡y no salían ilesos!

Tras estas grandes pruebas pareció como si se guardara un minuto de silencio por todas las pasiones humanas; se pudo creer que ya no existirían ni el orgullo, ni los intereses, ni la envidia. Los hombres más importantes del Estado y de la ciencia aceptaron las más humildes funciones de la enseñanza;² Lagrange y Laplace enseñaron aritmética.

Mil quinientos alumnos, hombres maduros, muchos de ellos ilustres, fueron a sentarse de buena gana en los bancos de la Escuela Normal para aprender a enseñar. Llegaron como pudieron, en pleno invierno, en momentos de pobreza y de hambruna. Sobre las ruinas de todas las cosas materiales dominaba, sola y sin sombra, la majestad del espíritu. Varios genios creadores ocuparon, por turnos, la cátedra de la escuela magna; unos, como Berthollet y Morvau, acababan de fundar la química, abriendo y penetrando el mundo íntimo de los cuerpos; otros, como Laplace y Lagrange, habían afianzado con el cálculo el sistema del mundo, asentando la tierra sobre su base. Nunca el poder espiritual pareció más indiscutible. La razón, obedeciendo, se rendía a la razón. ¡Y qué júbilo embargaba al corazón cuando, al lado de estos hombres singulares, cada uno de los cuales aparece sólo una vez en la eternidad, se veía una cabeza por demás valiosa que había estado a punto de caer, como la del buen Haüy, salvado por Geoffroy Saint-Hilaire!

² Tengo ante mí (en el archivo) la lista original de los que aceptaron las funciones de profesor en las escuelas centrales, que eran los colegios de entonces: Sieyès, Daunou, Roederer, Haüy, Cabanis, Legendre, Lacroix, Bossut, Saussure, Cuvier, Fontanes, Guinguené, Laharpe, Laromiguière, etcétera.

Un gran ciudadano, Carnot —él que organizó la victoria, adivinó a Hoche y a Bonaparte, y salvó a Francia a pesar del Terror—, fue el verdadero fundador de la Escuela Politécnica. Esos hombres aprendieron como si estuvieran en combate, y cubrieron los cursos de tres años en sólo tres meses. Al cabo de seis meses, Monge declaró que no sólo habían recibido la ciencia sino que la habían hecho progresar. Los espectadores de la invención continua de sus maestros, iban inventando también. Imaginad el espectáculo de un Lagrange que, en medio de su clase, se detenía de repente y se ponía a soñar... Todo el mundo lo contemplaba en silencio; después de un largo rato despertaba y les entregaba la nueva invención, calientita y recién surgida de su espíritu.

Faltaba todo, salvo el genio. No habrían podido asistir los alumnos de no haber contado con un pago de cuatro céntimos diarios para el camino. Con el pan del espíritu recibían el pan material. Uno de los maestros (Clouet) pidió como salario sólo una parcela en el llano de los Sablons, y vivió de las hortalizas que allí cultivaba.

¡Qué caída después de aquellos tiempos! Caída moral, y no menos grande en la esfera del pensamiento. Leed, después de los informes a la Convención, los de Fourcroy y de Fontanes: en pocos años rodaréis de la virilidad a la vejez, y la vejez torna decrepito todo.³

¿Acaso no es para afligirse ver este impulso heroico y desinteresado, abatirse y caer tan pronto?... Esta gloriosa Escuela Normal no tiene frutos. No es de extrañar, cuando uno ve cuán poco se enseña sobre el hombre y cómo las ciencias humanas abdican, reniegan de sí mismas y se avergüenzan de su existencia. Volney, el profesor de historia, enseñaba que la historia *es la ciencia de*

los hechos muertos, y que no hay historia viva. Garat, el profesor de filosofía, decía que ésta *no es sino el estudio de los signos*; dicho de otra manera, que la filosofía en sí no es nada. Signos por signos, las matemáticas llevaban la ventaja, lo mismo que otras ciencias afines como la astronomía. De esta manera, en la gran escuela que debía difundir su espíritu por todas partes, la Francia revolucionaria impartió una enseñanza sobre las estrellas fijas y se olvidó de sí misma.

Fue sobre todo en este terreno, en este supremo esfuerzo de la Revolución por hacer obra creadora, donde se vio que no podía más que ser profeta y morir en el desierto sin ver la tierra prometida. ¿Cómo hubiera podido lograrlo? Habría tenido que hacerlo todo, pues no había encontrado nada preparado, ni había recibido ayuda alguna del sistema que la precedió. Había tomado posesión de un mundo vacío, *y lo había tomado como bien mostrenco*. Algún día demostraré palmariamente que ella no encontró nada por destruir. El clero estaba acabado, la nobleza estaba acabada, la realeza estaba acabada. Y ella no tenía nada que ofrecer a cambio. Se movía en un círculo vicioso. Hacían falta hombres que hicieran la Revolución, y para crearlos era preciso hacer la Revolución. ¡No se disponía de ninguna ayuda para vivir la transición de un mundo a otro! ¡Había que franquear un abismo y se carecía de alas para hacerlo!...

Resultaba doloroso ver cuán poco habían realizado, durante los últimos cuatro siglos, los tutores del pueblo —la realeza y el clero— para darle luces. La Iglesia le hablaba en una lengua sabia que él no entendía. Le hacía repetir de memoria esa prodigiosa enseñanza metafísica cuya sutileza sorprende a los espíritus más cultos. El Estado sólo había hecho una cosa, y de manera muy indirecta: había reunido al pueblo en esos campamentos, los grandes ejércitos, donde había empezado a reconocerse a sí mismo. Las legiones de Francisco I y los regimientos de Luis XIV

³ En la época del Imperio, un hombre tuvo el valor de levantar la voz en favor de la organización que la Convención dio a la enseñanza: Lacroix, *Essais sur l'enseignement*, 1805.

fueron escuelas en las que, sin que se le enseñara nada, el pueblo se formó a sí mismo y concibió ideas comunes, y se elevó poco a poco hasta llegar al sentimiento de la patria.

La única enseñanza directa era la que los burgueses recibían en los colegios y que más tarde continuaban, ya como abogados o como gente de letras. Se trataba del estudio verbal de las lenguas, de la retórica, de la literatura, y del estudio de las leyes, aunque no se trataba de un estudio concienzudo y preciso como el de nuestros antiguos jurisconsultos, sino que era pretendidamente filosófico y estaba repleto de abstracciones huera. Esos lógicos faltos de metafísica, esos legistas sin el derecho y sin la historia, no creían más que en los signos, las formas, las figuras y las frases. En todo les hacía falta la sustancia, la vida y el sentimiento de la vida. Cuando llegaron a ese gran teatro donde las vanidades se exacerbaban a muerte, se pudo ver todo lo que la sutileza escolástica puede añadir de maldad a una mala naturaleza. Estos terribles abstraedores de quintaesencias se valieron de cinco o seis fórmulas que utilizaron, como otras tantas guillotinas, para abstraer a los hombres.⁴

⁴ El genio de la inquisición y de la policía que, tal como se daba en Robespierre y Saint-Just, asombró a tanta gente, no sorprende a quienes conocen la Edad Media y que tan a menudo encuentran en ella estos temperamentos sanguinarios, inquisidores y ergotizantes. Quinet captó con mucha agudeza esta relación entre las dos épocas en *Le christianisme et la Révolution*, pp. 349-351 (1845). Carnot y Daunou, dos hombres de equidad escrupulosa y muy dados a juzgar favorablemente a sus enemigos, coincidían enteramente en su opinión sobre Robespierre. Daunou me ha dicho a menudo que, salvo en el último momento en que la necesidad y el peligro lo volvieron elocuente, el famoso dictador era un hombre de segunda. Saint-Just tenía más talento. A quienes quieren hacernos creer que ambos son inocentes de los últimos excesos del Terror, los refuta el mismo Saint-Just. El 15 de abril de 1794 (¡tan poco tiempo antes del 9 de termidor!) deploró la culpable indulgencia que se había tenido hasta entonces: "Últimamente se acrecentó el relajamiento en los tribunales, a tal punto que, etc. ¿Qué han hecho los tribunales en los últimos dos años? ¿Se ha hablado de su justicia?... Instituidos para mantener la Revolución, su indulgencia dejó libre el crimen por todas partes, etc.", *Histoire parlementaire*, t. xxxii, pp. 311, 319, 26 de germinal del año ii.

Fue algo terrible cuando la gran Asamblea —que durante el ejercicio de Robespierre había creado el Terror movida por el terror mismo— levantó la cabeza y vio toda la sangre que había derramado. No le había faltado fe frente al mundo coludido en contra suya, ni siquiera frente a Francia, cuando contuvo y salvó todo con 30 departamentos. Tampoco careció de fe en pleno peligro personal cuando, habiendo perdido París, se vio obligada a armar a sus propios integrantes y estuvo a punto de no tener más defensor que ella misma. Pero ante la sangre, en presencia de todos esos muertos que salían de sus sepulcros, frente a todo ese pueblo de presos liberados que acudían a juzgar a sus jueces, ella flaqueó y comenzó a abandonarse.

No dio el paso que le hubiera entregado el porvenir. No tuvo el valor de echar mano del mundo joven que surgía. Para apoderarse de él, la Revolución tenía que enseñar una sola cosa: la Revolución.

Para ello hubiera sido preciso que la Asamblea no renegara del pasado sino que, por el contrario, lo reivindicara, y volviera a adueñarse de él, a hacerlo suyo, tal como lo hacía con el presente, a fin de mostrar que, junto con la autoridad de la razón, detentaba la de la historia y la de toda nuestra nacionalidad histórica; hubiera tenido que demostrar que la Revolución era la tardía —aunque justa y necesaria— manifestación del genio de este pueblo, y que era Francia la que había encontrado por fin su derecho.

No hizo nada de esto, y la razón abstracta, que era lo único que ella invocaba, no la sostuvo frente a las realidades terribles que se levantaban en su contra. Dudó de sí misma, abdicó y se disolvió. Era preciso que pereciera, que entrara al sepulcro, para que su espíritu vivo se difundiera por el mundo. Mientras quedaba arruinada por su defensor, éste le rindió homenaje en los Cien Días. Arruinada por la Santa Alianza, los reyes basaron su

tratado en su contra en el dogma social que ella planteó en 1789. La fe que no tuvo en ella misma contagió entonces a los que la combatieron. El hierro que le hundieron en el corazón hace milagros y cura heridas, convierte a sus perseguidores y enseña a sus enemigos... ¡Ojalá hubiera dado su enseñanza a sus hijos!

XXV. NO HAY EDUCACIÓN SIN FE

LA PRIMERA PREGUNTA DE LA EDUCACIÓN ES ÉSTA: “¿TIENE usted fe? ¿Inspira usted fe?”
Es preciso que el niño crea. Que crea de niño en las cosas que podrá probar con la razón cuando sea hombre.

Hacer que un niño sea razonador, discutidor, crítico, es insensato. Revolver profusa e incesantemente todos los gérmenes que en él se están depositando, ¡qué agricultura! --

Hacer erudito a un niño es algo insensato. Recargar su memoria con un montón de conocimientos útiles e inútiles, atiborrarlo con miles de cosas ya hechas, de cosas no vivas, de cosas muertas y parcialmente muertas, sin que él jamás reciba el conjunto... es asesinar su espíritu...

Antes de *agregar*, de acumular, es preciso *ser*. Hay que crear y fortalecer el germen vivo del nuevo ser. El niño *es* ante todo por la fe.

La fe es la base común de la inspiración y de la acción. No hay ninguna cosa grande sin ella.

El ateniense creía (tenía fe en ello) que toda cultura humana descendía de la Acrópolis de Atenas, y que de Palas, surgida de la cabeza de Júpiter, había brotado la luz del arte y de la ciencia. Es-

to se verificó: esa ciudad de 20 mil ciudadanos irradió al mundo su luz; incluso muerta sigue iluminándolo.

El romano creía firmemente (tenía fe) que la cabeza viva y ensangrentada que había encontrado bajo el Capitolio prometía ser la cabeza, el juez, el pretor del mundo. Esto se verificó: si bien ya murió su imperio, su derecho permanece y sigue rigiendo a las naciones.

El cristiano tenía fe en que un Dios hecho hombre haría un pueblo de hermanos y, tarde o temprano, uniría al mundo en un mismo corazón. Esto no se verificó, pero se verificará a través de nosotros.

No bastaba decir que Dios se había hecho hombre; al expresarse en términos tan generales, esta verdad no prosperó. Había que saber cómo se ha manifestado Dios en el hombre de cada nación; de qué manera, en la diversidad de los caracteres nacionales, el Padre se adecuó a las necesidades de sus hijos. La unidad que ha de darnos no es la monótona unidad, sino la unidad armónica en la que congenien todas las diversidades. Que congenien pero que subsistan, que vayan aumentando en esplendor para iluminar mejor al mundo, y que, desde la infancia, el hombre se habitúe a reconocer un Dios que vive en la patria.

Aquí se presenta una seria objeción. "¿Cómo inspirar fe si yo tengo tan poca? Tanto la fe en la patria como la fe religiosa se han debilitado en mí."

Si la fe y la razón fueran dos cosas opuestas, al no disponer de ningún medio razonable para obtener la fe, uno tendría que quedarse ahí, suspirando y esperando, como los místicos. Pero la fe digna del hombre es una creencia de amor en la que prueba la razón. Su objeto no es tal o cual maravilla accidental, sino el milagro permanente de la naturaleza y de la historia.

Para recobrar la fe en Francia y confiar en su futuro, es necesario remontarse a su pasado y profundizar en su genio natural.

Si lo hacéis seriamente y de corazón, veréis, a partir de este estudio, las consecuencias que siguen infaliblemente a las premisas planteadas. Del pasado deduciremos el porvenir, la misión de Francia; ésta aparecerá ante vosotros a plena luz, creeréis y os gustará creer. La fe no es otra cosa.

¿Cómo podríais resignaros a no conocer a Francia? Sus orígenes radican en ella; si no la conocéis, no sabréis nada de vosotros mismos. Ella os rodea, ella os estimula desde todas partes, vosotros vivís en ella y de ella, y con ella moriréis.

¡Que viva Francia, y que viváis por la fe!

Ella regresará a vosotros en el corazón si miráis a vuestros hijos, a este mundo joven que quiere vivir, que es bueno y dócil aún y que pide una vida de creencia. Vosotros habéis envejecido en la indiferencia, pero ¿quién de vosotros podría desear que su hijo tenga muerto el corazón, y carezca de patria y de Dios?... Todos estos hijos, en los que están las almas de nuestros antepasados, es la patria vieja y nueva... Ayudémosla a conocerse, ella nos devolverá el don de amar.

Así como el rico necesita al pobre, el hombre necesita al niño. Le damos aún menos de lo que recibimos de él. Debo agradecer, joven mundo que has de tomar pronto nuestro lugar. ¿Quién ha estudiado más que yo el pasado de Francia? ¿Quién la podía sentir mejor que yo, después de haber pasado tantas pruebas personales que no revelaron las suyas?... Debo decir, sin embargo, que en la soledad mi alma se había aletargado en mí, se arrastraba entre las curiosidades ociosas y minuciosas o se elevaba hacia el ideal, pero no caminaba. La realidad se me escapaba; y todo el tiempo, allá a lo lejos, veía a nuestra patria, a la que siempre perseguí y a la que siempre amé: era mi objeto, mi meta, un objeto de conocimiento y de estudio. Parecía viva... "¿En quién?" En vosotros que me estáis leyendo. En vos, hombre joven, he visto la patria y su eterna juventud... ¿Cómo podría no creer en ella?

XXVI. DIOS EN LA PATRIA.
LA JOVEN PATRIA DEL PORVENIR. EL SACRIFICIO

COMO TODA OBRA DE ARTE, LA EDUCACIÓN EXIGE EN PRIMER lugar que se haga un esbozo sencillo y vigoroso. Éste no debe contener ninguna sutileza, ninguna minucia, nada que cree dificultad ni que provoque objeciones.

Mediante una impresión grande, saludable y duradera, hay que fundar en este niño al hombre y crear la vida del corazón.

En primer lugar, Dios, revelado por la madre en el amor y en la naturaleza. En segundo lugar, Dios, revelado por el padre en la patria viviente, en su historia heroica y en el sentimiento a Francia.

Dios y el amor de Dios. Que la madre tome al niño en san Juan, cuando la tierra obra su milagro anual, cuando toda hierba está en flor y se ve crecer la planta momento a momento; que lo lleve a un jardín, y lo bese... y le diga con ternura: "Tú me quieres, no conoces a nadie más que a mí... ¡Pero escúchame, yo no soy todo! Tú tienes otra madre... Tenemos una madre común todos nosotros: hombres, mujeres, niños, animales y plantas, todo lo que tiene vida: una madre bondadosa que siempre nos da de comer; invisible y presente... Querámosla, hijo querido, abracémosla de corazón".

Nada más por largo tiempo. Nada de metafísica que mata la

impresión. Dejadlo que incube este misterio sublime y delicado para cuya explicación no le bastará la vida entera. Jamás olvidará ese día. A través de las pruebas de la vida y de las oscuridades de la ciencia, a través de las pasiones y de la noche de tormenta, el suave sol de san Juan seguirá alumbrando en el fondo de su corazón, junto con la flor inmortal del más puro y del mejor amor.

Otro día, más adelante, cuando en él se haya formado un poco el hombre, el padre lo aborda: es un gran día de fiesta pública, mucha gente acude a París. El padre lo lleva de Notre-Dame al Louvre, a las Tullerías y hasta el Arco del Triunfo. Desde un techo o una terraza, le muestra el pueblo, el ejército que pasa, las bayonetas estremecidas, la bandera tricolor... En los momentos de espera, en especial antes de la fiesta, entre los reflejos fantásticos de la iluminación, durante esos formidables silencios que se hacen de repente en el sombrío océano del pueblo, el padre se inclina y le dice: "Hijo mío, ¡mira, ahí está Francia, ahí está la patria! Todo esto que ves, es como si fuera un solo hombre, una misma alma y un mismo corazón. Todos podrían morir por uno solo; y cada uno, también, debe vivir y morir para todos... Los que pasan allí, armados, y que se van, parten a combatir por nosotros. Ellos dejan a su padre y a su madre anciana que los necesitan... Tú harás lo mismo, jamás olvidarás que tu madre es Francia".

Esta impresión perdurará o conozco muy poco la naturaleza. El niño ha visto a la patria... Ese Dios invisible en su alta unidad, es visible en sus miembros y en las grandes obras en que se ha asentado la vida nacional. Este niño toca y siente a una persona viva por doquier; no la puede abrazar, pero ella sí lo abraza, lo calienta con su gran alma extendida entre la multitud; y le habla a través de sus monumentos... Para el suizo es bello poder contemplar su cantón con una sola mirada, poder abarcar, desde lo alto de los Alpes, su país querido y llevarse su imagen. Pero para

el francés es algo verdaderamente grande tener aquí, reunida en un solo punto, esta patria gloriosa e inmortal, y reunir aquí todos los tiempos y todos los lugares; desde aquí puede observar desde las Termas de César hasta la Columna,* el Louvre y el Campo de Marte, desde el Arco del Triunfo hasta la Plaza de la Concordia, y recorrer así la historia de Francia y del mundo.

Por lo demás, para el niño, la intuición duradera y fuerte de la patria es, ante todo, la escuela, la gran escuela nacional, tal como la haremos algún día. Hablo de una escuela verdaderamente común, a la que los niños de todas las clases y de todas las condiciones acudirán a sentarse juntos, durante uno o dos años, antes de recibir la educación especial,¹ y adonde no se aprendería nada más que sobre Francia.

Nosotros nos apresuramos a encerrar a nuestros hijos entre los niños de nuestra clase, burguesa o popular, en la escuela o en los colegios; evitamos todas las mezclas, separamos rápidamente a los pobres y a los ricos en esa etapa feliz en que, por sí mismo, el niño no habría percibido estas vanas distinciones. Parecería que temiéramos que ellos conozcan de verdad el mundo en que han de vivir. Con este aislamiento precoz estamos preparando los odios nacidos de la ignorancia y la envidia, esa guerra interna que habremos de sufrir más tarde.

Si la desigualdad entre los hombres ha de subsistir, ¡cómo quisiera que al menos la infancia tuviera la oportunidad de seguir por un tiempo su instinto y vivir en la igualdad! ¡Que estos hom-

* La Columna de Vendôme. [T.]

¹ La educación especial, la del colegio o del taller, vendría a continuación; el taller sería suavizado y regulado por la escuela (conforme a las juiciosas concepciones de Faucher, *Travail des enfants*); el colegio también sería suavizado sobre todo en los primeros años, durante los cuales al niño se le enseñaría de gramática sólo lo que puede entender. Se le enseñaría más en materia de ejercicios y recreaciones, y se ocuparía menos en escrituras inútiles. ¡Pido gracia, gracia para los niños pequeños!

brecitos de Dios, inocentes y sin envidia, nos conservasen, en la escuela, el emocionante ideal de la sociedad! Esto sería una escuela también para nosotros; aprenderíamos de ellos la vanidad de los rangos; la necedad de las pretensiones rivales, y todo lo que hay de vida veraz y de felicidad cuando no existe ni primero ni último.

La patria aparecería allí, joven y encantadora, a un tiempo con su variedad y su concordia. Sería una diversidad sumamente instructiva de caracteres, de rostros y de razas, un arco iris de cien colores. Convivirían todos los rangos, todas las fortunas y todos los trajes, sentados en los mismos bancos; el terciopelo al lado de la tela rústica, el pan negro al lado del manjar más exquisito... ¡Que el rico aprenda allí lo que es ser pobre, que sufra a causa de la desigualdad, que logre compartir, que trabaje desde ahora por restablecer la igualdad en la medida de sus fuerzas, que descubra a la ciudad del mundo sentada en el banco de madera, y que comience en ella la ciudad de Dios!...

Por otra parte, el pobre aprenderá —y se acordará tal vez de ello— que si ese rico es rico no es culpa de él; después de todo así nació, y, muy a menudo, su riqueza lo vuelve pobre del primero de los bienes: pobre de voluntad y de fuerza moral.

Gran cosa sería que todos los hijos de un mismo pueblo, reunidos de esta manera, al menos por un tiempo, se viesen y conociesen de los vicios de la pobreza y de la riqueza antes que del egoísmo y la envidia. El niño recibiría así una imborrable impresión de la patria, y la encontraría en la escuela no sólo como objeto de estudio y de enseñanza, sino como una patria viva, una patria en la infancia, semejante a él, una ciudad mejor, previa a la Ciudad, una ciudad de igualdad en la que todos estarían sentados en el mismo banquete espiritual.

Además, yo no quisiera solamente que el niño aprendiera y viera la patria; es necesario que la sienta como providencia, que

la reconozca en su leche y en su calor vivificante, fortificante, como su madre y su nodriza... Dios nos libre de echar a un niño de la escuela, de negarle el alimento espiritual porque no tiene el del cuerpo... ¡Oh, impía avaricia que les daría millones a los masones y a los curas, o que sólo sería rica para dotar a la muerte,² y que mercaría con estos pequeños, que son la esperanza, la amada vida de Francia y el corazón de su corazón!

Ya lo he dicho en otra parte: no soy de los que siempre lloran, ora por el obrero robusto que gana cinco francos, ora por la pobre mujer que gana diez sueldos. Una piedad tan imparcial no es piedad. A las mujeres les hacen falta conventos libres, asilos, talleres temporales, y que los conventos dejen de hambrearlas.³ Y a los niños pequeños les hace falta que todos nosotros seamos padres, que abramos nuestros brazos, que la escuela sea su asilo, un asilo dulce y generoso que les sea agradable, y que vayan a él por su propia iniciativa, que amen esta casa de Francia tanto o más que la casa paterna... Si tu madre ya no te puede dar de comer, si tu padre te maltrata, si estás desnudo, si tienes hambre, ven, hijo mío, todas las puertas están abiertas de par en par, y Francia está en el umbral para abrazarte y acogerte. Esta gran madre no se avergonzará jamás de tener para ti las atenciones de una nodriza; te preparará con sus manos heroicas la sopa del soldado, y si llegara a no tener con qué envolver y calentar tus pequeños miembros entumecidos, ella preferiría arrancar un pedazo de su bandera.

Así consolado, acariciado, feliz y con el espíritu libre, el niño

² ¡Y es la muerte la encargada de enseñar! Los ignorantes imponen a los niños la *Histoire de France* de los jesuitas (Loriquet). Leo en ella, entre otras calumnias infames, una que el mismo emigrado Vauban ha desmentido: que en Quiberon, Hoche les *había prometido la vida y la libertad* a los que depusieran las armas; t. II, p. 256.

³ Véase el *Préface* de la tercera edición de mi libro *Du prêtre, de la femme et de la famille*.

podría recibir en estos bancos el alimento de la verdad. Ha de saber ante todo que por gracia de Dios tiene esta patria, que promulgó y escribió con su sangre la ley de la equidad divina, de la fraternidad, y que el Dios de las naciones habló por voz de Francia.

Primero, la patria como dogma y principio. Luego, la patria como leyenda: nuestras dos redenciones, por la Doncella de Orleans y por la Revolución, el impulso del 92, el milagro de la joven bandera, nuestros jóvenes generales tan admirados, llorados por el enemigo, la pureza de Marceau, la magnanimidad de Hoche, la gloria de Arcole y de Austerlitz, César y el segundo César, en el que nuestros reyes más grandes volvían a aparecerse, más grandes aún. Todavía más arriba, la gloria de nuestras asambleas soberanas, el genio pacífico y verdaderamente humano del 89, cuando Francia, tan generosa y espontáneamente, ofreció a todos la libertad y la paz... Finalmente, por encima de todo, como suprema lección, la inmensa capacidad de entrega, de sacrificio, que han mostrado nuestros padres; y las tantas veces que Francia entregó su vida por el mundo.

Niño: que éste sea tu primer evangelio, el sostén de tu vida, el alimento de tu corazón. Lo recordarás durante los trabajos ingratos y penosos en que la necesidad te va a arrojar muy pronto. Será para ti un poderoso estímulo que, por momentos, vendrá a reavivarte. Encantará tu recuerdo durante los largos días de trabajo, o en el mortal aburrimiento de la manufactura; lo volverás a encontrar en el desierto de África, y será un remedio para el mal del país y para el abatimiento tras las marchas y las vigiliass, cuando no seas más que un centinela perdido a dos pasos de los bárbaros.

El niño sabrá del mundo, pero primero que sepa de sí mismo, en lo que tiene de mejor, quiero decir, de Francia. Lo demás lo aprenderá de ella. A ella le corresponde iniciarlo, mostrarle su

tradición. Ella le enseñará las tres revelaciones que ha recibido: cómo Roma le enseñó lo justo, Grecia lo bello, y Judea lo santo. Ella restablecerá los lazos entre su enseñanza suprema y la primera lección que le dio su madre; ésta le enseñó a *Dios*, y la madre grande le enseñará el dogma del amor, *Dios en el hombre*, el cristianismo, y le enseñará cómo el amor, imposible en los tiempos de rencor y barbarie de la Edad Media, *ha sido escrito en las leyes* por la Revolución, *de manera que el Dios interior del hombre pudiera manifestarse*.

Si yo hiciera un libro sobre educación, mostraría cómo la educación general, suspendida por la educación especial (del colegio o del taller), debe retomarla bajo la bandera el joven soldado. Es así como la patria debe retribuirle el tiempo que él le da. A su regreso al hogar, ella debe seguirlo, no sólo como ley para gobernar y castigar, sino como providencia civil, como cultura religiosa, moral, en su acción a través de las asambleas, las bibliotecas populares, los espectáculos, las fiestas de todo género, sobre todo musicales.

— ¿Cuánto tiempo durará la educación? Exactamente lo que la vida.

¿Cuál es la primera parte de la política? La educación. ¿Y la segunda? La educación. ¿Y la tercera? La educación. Demasiado he envejecido en la historia como para creer en las leyes, cuando ellas no han sido preparadas, y cuando durante mucho tiempo los hombres no han sido educados para amar y desear la ley. Haced menos leyes, os lo ruego, pero fortificad el principio de las leyes por medio de la educación; hacedlas aplicables y posibles; haced hombres, y todo irá bien.⁴

⁴ Un plan de constitución que debemos a Turgot, uno de los más grandes y mejores hombres que hayan existido, funda la comuna antes que el Estado, y antes que la comuna, funda al hombre por medio de la educación. Esto es admirable. Sin embargo, tiene que quedar claro que la educación que se imparte en la comuna debe emanar del Estado, de la patria: la educación no es un asunto comunal.

¿La política nos promete el orden, la paz y la seguridad pública? Pero ¿para qué todos estos bienes? ¿Para gozar, para adormecernos en una calma egoísta, para eximirnos de amarnos, de asociarnos?... Que perezca la política si éste es su fin. Yo creo más bien que si este orden, esta gran armonía social tiene un fin, es el de ayudar al libre progreso y favorecer el ascenso de todos a través de todos. La sociedad no debe ser sino una iniciación, desde el nacimiento hasta la muerte, una educación que abarque nuestra vida en este mundo y prepare las vidas ulteriores.

La educación, esta palabra tan poco comprendida, no es solamente la instrucción del hijo por el padre, sino, en igual o mayor medida, la del padre por el hijo. Si podemos volver a levantarnos de nuestra debilidad moral, será a través de nuestros hijos, y por ellos nos esforzaremos. El peor de todos los hombres desea que su hijo sea bueno; aquel que no haría ningún esfuerzo por la humanidad o por la patria, llega a sacrificarse por su familia. Si no ha perdido a la vez el sentido moral y el juicio,* tiene compasión de este niño que corre el riesgo de parecersele... Ahondad profundamente en esta alma, encontraréis todo averiado y vacío, y, no obstante, en lo más profundo, podréis encontrar casi siempre un fondo sólido: el amor paterno.

¡Por ello, en nombre de nuestros hijos, os ruego: no dejemos que perezca esta patria! ¿Acaso queréis legarles el naufragio y llevaros su maldición... y la de todo el futuro, la del mundo, que quizá quede perdido por mil años si sucumbe Francia?

No salvaréis a vuestros hijos, y con ellos a Francia, al mundo, sino fundando en ellos la fe. La fe en la entrega, en el sacrificio, y en la gran asociación en la que todos se sacrifican por todos, quiero decir, en la Patria.

Sé muy bien que ésta es una enseñanza difícil porque las pala-

* Michelet introduce un juego de palabras intraducible: *S'il n'a perdu à la fois le sens moral et le sens...* [T.]

bras no bastan: se necesitan los ejemplos. Parecería que hemos perdido la fuerza, la magnanimidad del sacrificio, tan común en nuestros padres. Ésta es la verdadera causa de nuestros males, de nuestros odios y de la discordia interna que debilita al país a tal grado que pone en riesgo su vida y lo convierte en objeto de la burla del mundo.

Si valoro a los mejores hombres y a los más honorables, y si los apremio un poco, veo que cada uno de ellos, en apariencia desinteresado, tiene en el fondo alguna pequeña cosa reservada que no sacrificaría por nada del mundo. Que le pidan lo demás... Éste, por ejemplo, daría la vida por Francia, pero no cedería a determinados entretenimientos, hábitos o vicios...

Dígame lo que se diga, todavía hay hombres puros del lado del dinero, pero en cuanto al orgullo, ¿pueden ser puros? ¿Se quitarán los guantes para tenderle la mano a ese pobre hombre que sube la empinada cuesta de la fatalidad?... Y sin embargo os digo, señor, que si vuestra mano blanca y fría no toca la mano fuerte, caliente y viva del otro, no hará obras de vida.

Dentro de un tiempo tendremos que sacrificar estos hábitos, que nos resultan más caros aún que nuestros goces. He aquí que se avecinan los tiempos de lucha...

El corazón tiene sus hábitos, sus lazos queridos, ahora tan estrechamente entremezclados con él, con sus fibras vitales, que son como otras tantas fibras vitales... Cuesta arrancarlos... Los sentí en ocasiones al escribir este libro en el que he herido a más de una persona querida.

En primer lugar a la Edad Media, donde transcurrió mi vida, de la que conté en mis historias su emocionante e irrealizable aspiración, hoy —cuando manos impuras la arrancan de su sepulcro y colocan esta piedra delante de nosotros para hacernos caer sobre la vía del porvenir— tuve que decirle: ¡Atrás!

También inmolé otra religión, el sueño humanitario de la fi-

lososfía que cree salvar al individuo destruyendo al ciudadano, negando las naciones y abjurando de la patria... La patria, sólo mi patria es capaz de salvar al mundo.

Mi camino ha sido el recorrido de la leyenda poética a la lógica, y de ésta a la fe y al corazón.

En el corazón mismo y en esta fe encontraba cosas respetables y antiguas frente a las que protestaban... unas amistades, los últimos obstáculos que no han logrado detenerme ante la patria en peligro... ¡Que ella acepte este sacrificio! Lo que poseo en el mundo, mis amigos, se los ofrezco, y para darle a la patria el hermoso nombre que descubrió la antigua Francia, yo los deposito en el altar de la gran *Amistad*.

POSFACIO DE 1866

ESTE LIBRITO FUE ESCRITO EN 1846. NUMEROSOS PASAJES (DE la Primera Parte) están marcados fuertemente por esa fecha. ¿Acaso había que modificarlos? El autor no lo ha juzgado necesario.

Es un mundo que se ha hundido a partir de entonces; otro mundo ha surgido en el horizonte. Modificar el libro, acomodarlo a este presente tan impreciso, al oscuro porvenir, le habría quitado el sello de su tiempo, haciendo de él un libro bastardo y falso.

Por lo demás, lo que tiene de importante no ha cambiado. Lo que dice del derecho del instinto de la gente sencilla y de la inspiración de las multitudes, de las voces ingenuas de conciencia, subsiste y permanecerá como la base sólida de la democracia.

Hyères, 12 de diciembre de 1865